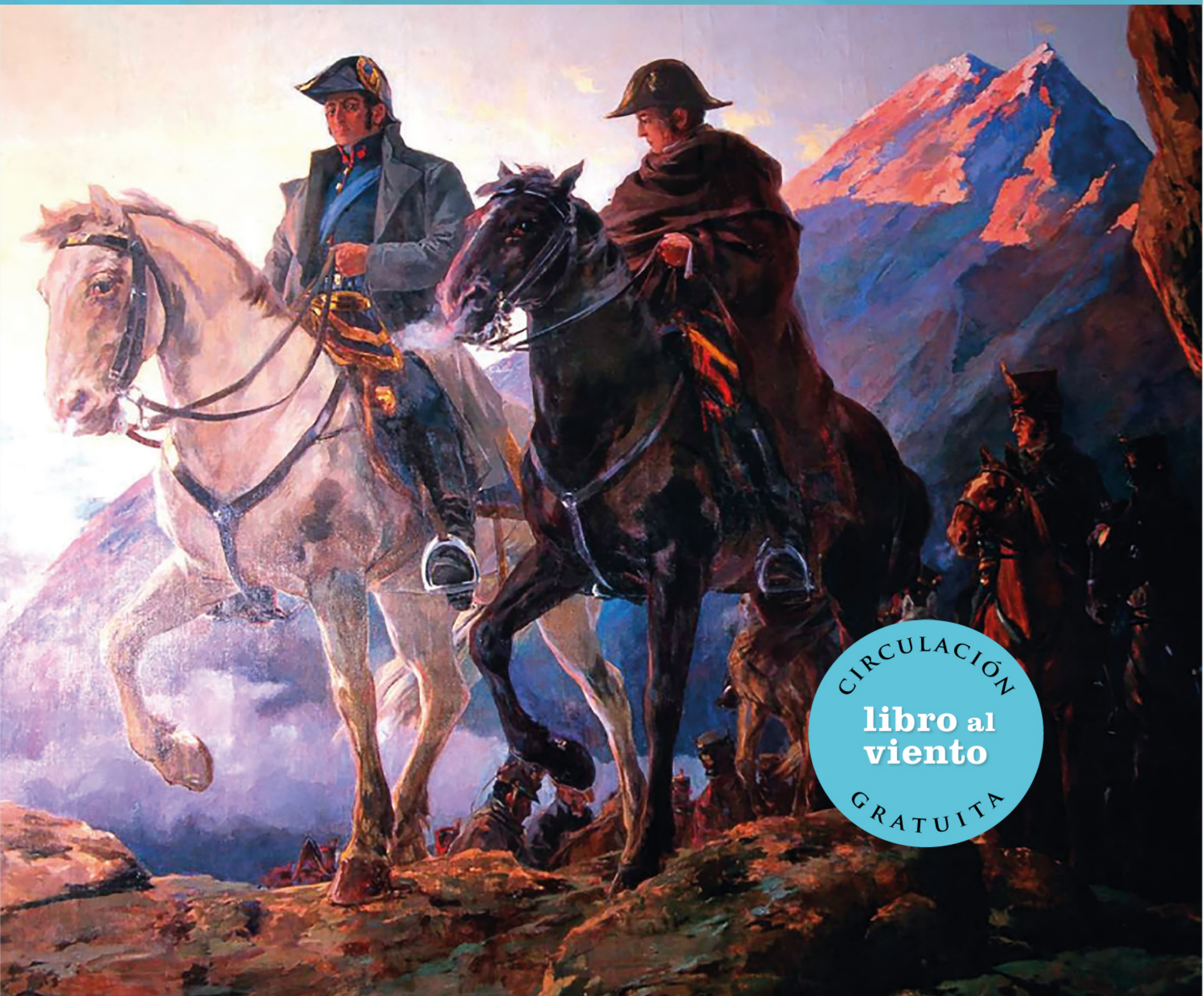
Versiones de la Independencia



Circulación gratuita

libro al viento

15 AÑOS libro al viento

VERSIONES DE LA INDEPENDENCIA FUE EDITADO POR EL INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES PARA SU BIBLIOTECA LIBRO AL VIENTO, BAJO EL NÚMERO CIENTO TREINTA Y OCHO, Y SE IMPRIMIÓ EN EL MES DE ABRIL DEL AÑO 2019 EN BOGOTÁ.

LIBRO AL VIENTO LATERAL

Versiones de la Independencia

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Enrique Peñalosa Londoño, alcalde mayor de bogotá

María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Juliana Restrepo Tirado, Directora General

Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes

Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales

Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera

Ana Catalina Orozco Peláez, Subdirectora de Formación Artística

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura

Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Elvia Carolina Hernández Latorre, Yenny Mireya Benavídez Martínez, María Eugenia Montes Zuluaga, Orlando Teatino González, Luis Felipe Trujillo

Equipo del Área de Literatura

CÁMARA COLOMBIANA DEL LIBRO

Enrique Gómez Villa, Presidente Ejecutivo

Sandra Pulido Urrea, Gerente de Ferias

Primera edición: Bogotá, abril de 2019

Imágenes: carátula: *El paso del Ejército Libertador por la cordillera de los Andes*, óleo de Julio Vila y Prades (1909), Museo Histórico y Militar de Chile, Santiago de Chile; contracarátula: *Policarpa Salavarrieta*, óleo de José María Espinosa Prieto (1855).

Antonio García Ángel, Edición

Fabián Gullaván, Asistencia de edición

Óscar Pinto Siabatto, Diseño + diagramación

978-958-5487-46-8, isbn

978-958-5487-47-5, isbn digital

Unión Temporal Idartes, Impresión

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.° 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

Contenido

«Colombia»
«Día de Boyacá»

Tres columnas de *La Miscelánea*
«Historia de la revolución de la República de Colombia»
«Libertad»
«Revista cronológica del año 1825»

Las dos Independencias

En los manuales de historia colombiana suelen señalarse el 20 de julio de 1810 y el 7 de agosto de 1819 como las fechas en que se instaura la independencia nacional. Ambas lo son a su manera.

La primera de ellas corresponde al episodio conocido como *El florero de Llorente* o *El grito de independencia*: al comerciante español José González Llorente le solicitaron prestar un florero para utilizarlo en una cena en honor del comisario real, nacido en Quito, Antonio Villavicencio. Al parecer aquel se negó porque, según se dijo, él no prestaría ningún objeto a los criollos para agasajar a otro criollo. Esa fue la chispa que instigó una revuelta popular cuyo resultado fue la instauración de la Junta de Santafé, la cual asumió el gobierno bajo la presidencia del virrey y a nombre del rey de España, que en ese momento estaba fuera del poder por cuenta de la invasión napoleónica. A esa junta siguieron otras a lo largo y ancho del territorio de la Nueva Granada, que pronto terminaron afianzando su ruptura con España. Seguirían años inciertos, de proclamaciones de independencia locales que competirían entre sí por su preminencia en la conformación de un poder nacional, además de una desgastante pugna entre partidarios de un gobierno centralista y defensores de una organización federal; tan caóticas y fratricidas, tan absurdas fueron las rivalidades políticas y regionales que campearon entre 1810 y 1816, que este período se recuerda con el merecido nombre de *La Patria Boba*.

Entretanto los ingleses vencieron a los franceses, Fernando VII recuperó el trono y quiso recuperar también sus colonias. Pablo Morillo, al

mando de 12 mil hombres, partió hacia el Nuevo Mundo, se tomó Caracas y Santa Marta, sitió a Cartagena hasta doblegarla y fue reconquistando gradualmente a la Nueva Granada en una cruzada sangrienta. Los patriotas se replegaron hacia los Llanos Orientales y conformaron guerrillas dispuestas a recobrar la libertad perdida. Desde ahí, en una jugada imprevista para los españoles y casi suicida para los criollos, Simón Bolívar atravesó la cordillera de los Andes, sorprendió a las tropas realistas en la batalla del Pantano de Vargas, el 25 de julio de 1819, y les dio la estocada final el 7 de agosto de ese año en la batalla de Boyacá, en la segunda fecha considerada como de nuestra Independencia.

Este Libro al Viento 138 conmemora entonces la culminación de esos nueve años que, con avances y retrocesos, marcaron nuestro destino como una nación libre del yugo español. Los tres primeros documentos narran, en voz de dos de sus protagonistas y un testigo, los sucesos del 20 de julio. En el cuarto texto, José Hilario López cuenta de cerca el fusilamiento de Policarpa Salavarrieta. Luego vienen tres relatos que giran en torno a la batalla de Boyacá, entre los cuales destaca el vívido y detallado recuento de Richard Vowell, mercenario británico en las tropas libertadoras. Los seis escritos restantes pertenecen a la prensa posterior al 7 de agosto de 1820, con una cercanía temporal que nos permite desvelar el sentimiento y las reflexiones que prevalecían entre los ciudadanos de entonces.

Solo nos resta agradecer al historiador Jorge Orlando Melo su invaluable ayuda en la recopilación de estas *Versiones de la Independencia*, y a Fabián Gullaván su aporte en la edición, cotejo y búsqueda de textos.

Antonio García Ángel

Versiones de la Independencia

image

La reyerta del 20 de julio de 1810, óleo de Pedro Alcántara Quijano, (ca. 1940), Colección Museo de La Independencia Casa del Florero.

La revolución del 20 de julio de 1810 referida por un testigo ocular

El *Boletín de Historia y Antigüedades*, órgano oficial de la Academia Colombiana de Historia, fue fundado en 1902 y ha continuado editándose hasta nuestros días. Se trata de una de las publicaciones periódicas más antiguas de Colombia e Iberoamérica en temas referentes a nuestro pasado. Este texto, de autor anónimo, relata de primera mano los acontecimientos del 20 de julio de 1810 y fue publicado en 1913, en el tomo viii del *Boletín*.

Santafé, 26 de julio de 1810

Señor N. N. – Cartagena
Mi estimado amigo:

Después de mi última carta, tengo tantas cosas qué decirte, que no sé por dónde comenzar, ni si acierto a hacerlo, porque estoy atolondrado, y todavía creo estar en sueños. Los sucesos son tan memorables, que no han tenido ni tendrán iguales en la América. Tú lo dirás después que los hayas leído.

El viernes 20 del corriente comenzó en la Calle Real a divulgarse la especie de que el español don José Llorente había dicho iniquidades contra los criollos con motivo de habérsele ido a prestar unos adornos, entre otros un florero, para el recibimiento de Villavicencio.

La voz se fue esparciendo, y tuvo la fortuna de electrizar a varios patricios, y particularmente a Francisco Morales, en términos que, no pudiendo contenerse, le dijo a Caldas, que pasaba por el frente de la puerta de Llorente, que no le hiciese atención alguna a este, porque era un pobre sastrezuelo y había dicho mil cosas contra los criollos.

Llorente, que estaba a la puerta, lo negó, y con este motivo levantó Morales la voz y se comenzó a agregar gente, dirigiéndose toda en pelotón hacia la tienda, gritando todos desaforadamente, y en particular los Morales, padre e hijos.

Antonio, aunque procuraron contenerlo, se metió hasta dentro del mostrador y hartó de palos a Llorente, que por pura casualidad escapó vivo de entre las manos de este y de un inmenso pueblo que se había congregado. Sosegado un poco aquel primer bullicio, se entró Llorente a la casa de las Morenos, situada en la primera Calle Real, en donde se mantuvo medio privado hasta la una o una media, que lo llevaron a su casa en silla de manos para que no fuese conocido. Pero ni aun esto le valió al infeliz, porque llegaron a descubrirlo, y empezó a gritar un muchacho y a seguirlo mucha gente hasta su casa.

Allí lo metieron y cerraron, pero cada vez iba creciendo más y más el concurso junto a la casa, y toda la Calle Real estaba llena de corrillos, de modo que parecía día de Corpus. A las dos y media de la tarde comenzó a desenfrenarse el pueblo, pidiendo a gritos satisfacción del agravio que les había hecho Llorente, y que no se contentaban con menos que con su cabeza, y que al instante lo llevasen a la cárcel.

A este tiempo se apareció en la Calle Real el alcalde Pey, con el fin de pacificar a la gente; entró en la casa de Llorente, en compañía de don Camilo Torres y de don Lorenzo Marroquín. Salió luego al balcón de la calle y procuró tranquilizar al pueblo, que se hallaba reunido en número muy considerable; pero fueron inútiles todos sus esfuerzos, hasta que hubo de prometerles que lo llevaría a la cárcel para satisfacerlos.

En efecto, así lo verificó inmediatamente, sacando a Llorente de su casa para la cárcel chiquita, y yendo detrás de ellos, adelante y a los lados toda la multitud, blasfemando públicamente contra los chapetones y su conducta en orden al tratamiento que daban a los americanos.

En este intermedio, y desde el principio del pasaje referido, no faltaron algunos que bajo de cuerda energizaron al pueblo y lo levantaron, en términos que, luego que metieron a Llorente en la cárcel, comenzaron a gritar que hiciesen lo mismo con Infiesta, Trillo, Bonafé y otros. No aguardaron orden de nadie, porque ya no respetaban autoridad ninguna, y se

dirigieron a casa de Trillo e Infiesta. Estos, que desde el principio temieron mucho, procuraron esconderse, y el primero salió fuera de su casa, quedándose el otro escondido en ella en un zarzo.

Luego que el pueblo llegó a la casa, quiso forzar las puertas de la calle, que estaban cerradas, y creyeron que por dentro habían hecho fuego. Esta circunstancia, que creo falsa, irritó más los ánimos y empezaron a tirar tanta piedra contra la casa que no dejaron vidrieras, espejos ni ninguna cosa sana de cuanto había en ella.

Lograron últimamente entrar, anduvieron por los tejados de toda la manzana, se metieron a varias casas vecinas, y después de mucho rato encontraron al pobre Infiesta escondido en el zarzo.

Le vi salir de su casa a empellones de la gente, no siendo bastante a contenerla ni el respeto del alcalde ni otro regidor, que lo llevaban en medio, ni la escolta ni un piquete de soldados que iba en auxilio.

Yo creía que lo volvían pedazos, según la furia con que se echaban encima. Puesto ya Infiesta en prisión, se volvieron contra Trillo, y después de mil pesquisas inútiles le cogieron a las siete de la noche, sin que con este hubiese habido la bulla que con los otros, porque no lo supo el pueblo.

El desenfreno de este día había crecido tanto que ya pedían la prisión de cuantos sujetos se les antojaba, y era preciso condescender con sus peticiones. No se oía otra cosa que baldones contra los españoles, que se estableciese la Junta y que para ello se hiciese Cabildo abierto. El procurador general fue a casa del virrey a representarle lo que pedía el pueblo, y al instante otorgó su petición, lo mismo que todas las demás que le hizo el alcalde, relativas a que le franquease auxilios.

Concedida pues la licencia para el Cabildo abierto, y más y más entusiasmado el pueblo con los discursos de don José María Carbonell, se juntaron los capitulares en la sala como a las seis o más de la noche, y como podía entrar todo el que quisiera se llenó aquello de gente, de modo que no sé cómo ha podido aguantar tanto aquel edificio.

El pueblo que estaba abajo en la plaza nombró diputados que lo representasen, cuatro por cada barrio, de manera que fueron por todos diez y seis. Presidió la Junta por comisión del virrey el oidor jurado, y antes de entrar en materia y solo para aclarar los términos y límites de la comisión,

fue necesario enviar varias diputaciones al virrey, hasta que la dio por escrito.

No cesaba el tumulto de la gente y el toque a fuego en casi todas las iglesias de la ciudad, que hacía la noche lúgubre y horrorosa. Duró el Cabildo abierto hasta las seis de la mañana, en que quedó instalada una Junta Suprema, habiéndola jurado y reconocido los jefes militares y el pueblo. Se nombró presidente de ella al virrey, y por vicepresidente al alcalde Pey, con el tratamiento de Usía.

La Junta lo tiene de excelentísima. El virrey la reconoció y juró al día siguiente, quedando todos muy contentos.

CARTA DE JOSÉ ACEVEDO Y GÓMEZ A CARLOS MONTÚFAR

José Acevedo y Gómez (1773-1817) fue un militar y político colombiano, célebre por su participación en la emancipación americana frente al Imperio español. Fue un ideólogo y tuvo una importante participación en los sucesos del 20 de julio de 1810, como lo relata en esta carta a Carlos Montúfar (1780-1816), noble y militar criollo nacido en Quito, apodado *El Caudillo*. Acevedo y Gómez, además, fue el autor del texto del Acta de la Independencia y participó en las rebeliones independentistas del Estado Libre de Cundinamarca y de Tunja.

Cuando el general español Pablo Morillo recuperó gran parte del Virreinato de la Nueva Granada, Acevedo y Gómez debió escapar y ocultarse en las selvas del Caquetá, donde enfermó y murió en 1917.

Una copia de esta carta perteneció al archivo del historiador venezolano Eloy O. González. El doctor Raimundo Rivas, último dueño de esa copia, la publicó en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. xx, Bogotá, 1933.

Santa Fe, 5 de agosto de 1810

Señor don Carlos Montúfar.
Mi estimado amigo:

Acompaño a usted copia autorizada del acta constitucional que extendí la noche del 20 anterior por comisión y formal encargo de este pueblo, en el momento en que por un movimiento simultáneo tuvo energía para reunirse a proclamar sus más sagrados derechos. Los asesinatos que acaba de efectuar el tirano Valdés, corregidor del Socorro, los que se decía premeditaban hacer aquí en la persona de Villavicencio y en la de diecinueve ciudadanos en cuya fatal lista ocupaba yo el tercer lugar (aunque en las actuaciones de la Audiencia he visto que mi primo, don Miguel Tadeo Gómez, administrador de aguardientes del Socorro, con el magistral

Rosillo y el regidor don José Acevedo eran los primeros) todo esto unido a la brusca repulsa del virrey, manifestada a nuestros alcaldes cuando por las novedades ocurridas en el Socorro le excitó de nuevo al Cabildo a que convocase la Junta; todo esto, digo, tenía al pueblo de Santa Fe en una agitación tan grande que la menor chispa bastó para prender un fuego tan activo que en diez y ocho horas consumió el edificio del antiguo Gobierno.

A las doce del día 20 fue don Luis Rubio a pedir prestado un ramillete a don José González Llorente, comensal del fiscal Frías; Llorente lo negó con excusas frívolas; se le dijo que era para disponer la mesa que se preparaba en obsequio del diputado regio don Antonio Villavicencio, y respondió que se c... en Villavicencio y en todos los americanos.

El joven don Antonio Morales, su hermano don Francisco, y el padre de ambos, también don Francisco, administrador de aguardientes, cayeron sobre el miserable Llorente, que aquí hacía el personaje de caballero, lo confundieron a golpes hasta que se entró en casa de Marroquín, su paisano.

Como la escena fue a las doce en la primera Calle Real y en día de mercado, a la una ya se había comunicado la electricidad por todos los americanos, principalmente del medio pueblo que tenía una idea rápida de las cosas. A esta hora se supo que Trillo, Infiesta y otros europeos (que sonaban hacía días como jefes de la conspiración contra nosotros de acuerdo con Valdés del Socorro), estaban sumariados por el alcalde ordinario Pey, y que su delito constaba de cartas originales que se les habían aprehendido en Tunja dirigidas a convocar a los europeos de aquel partido en Zipaquirá para dar el golpe en esta contra los principales americanos.

Enfurecido el pueblo con esta noticia que hasta allí se había ocultado aguardando la llegada de Villavicencio, cargó sobre la casa de Truxilio, Infiesta y Llorente; las forzó allanando todas sus puertas. El virrey dio auxilio al alcalde y así se libertaron los perseguidos de ser arrastrados por el pueblo.

Yo observaba estos movimientos desde el balcón de mi casa, pues toda la manzana de la de Truxilio estaba rodeada de pueblo y de soldados a quienes hicieron fuego los perseguidos, pero no hubo desgracia. Serían las cinco de la tarde cuando quedaron en la cárcel esos hombres, y cuando ya la conmoción era generalísima: no había calle en la ciudad que no estuviese

obstruida por el pueblo; todos se presentaban armados y hasta las mujeres y los niños andaban cargados de piedras pidiendo a gritos la cabeza de Alba, Frías, Mansilla, Infiesta, Trillo, Marroquín, Llorente y otras con la libertad del magistral Rosillo.

Yo observé que si el virrey no manda a la tropa que se esté quieta en los cuarteles sin ofender al pueblo, el primer paso hostil del Gobierno habría sido la señal para que no quedase un europeo ni ninguno de los americanos aduladores del antiguo sistema. Todo era confusión a las cinco y media: los hombres más ilustres y patriotas asustados por un espectáculo tan nuevo se habían retirado a los retretes más recónditos de sus casas. Yo preví que aquella tempestad iba a calmar, después que el pueblo saciase su venganza derramando la sangre de los objetos de su odio y que a manera del que acalorado por la bebida cae luego en languidez y abatimiento, iba a preceder un profundo y melancólico silencio, precursor de la sanguinaria venganza de un Gobierno que por menores ocurrencias mandó cortar las cabezas del cadete Rosillo y de Cadenas, sobrinos del magistral. Veía levantada la fatal cuchilla sobre la garganta de tanto joven ilustre que, mezclado en el tumulto, hacía ostentación de un valor y de una resolución que no hallaba objeto donde estrellarse. Penetrado de estas ideas salí de mi casa a las cinco y media dejando a mi desolada familia sumergida en el llanto y el dolor; apenas estuve en la calle cuando el pueblo empezó a llamarme su libertador: viva nuestro regidor Acevedo el que iba a ser asesinado por estos pícaros, decían. Y, chocándose los patriotas unos con otros, todos querían cubrir mi cuerpo sin que se presentase enemigo que me acometiese. Por el aire me condujeron a la plaza que estaba cubierta de gentes armadas gritando al virrey que hiciese Cabildo extraordinario; pero S. E. abandonado por sus directores Alba y Frías a nada se resolvía. Estos malvados, en aquel momento perseguidos por las sombras vengadoras de Rosillo y Cadenas, no hallaban un punto sobre la tierra capaz de sostener su miserable existencia.

Luego que subí al balcón del Cabildo cuya espaciosa galería y sala estaba cubierta de gente reconocí al secretario de Cabildo don Eugenio Melendro, a don Luis Rubio, a don Manuel Pombo, contador de la R. Casa de Moneda, al Dr. D. Miguel Pombo, abogado de la R. Audiencia, y al

teniente coronel del Regimiento Auxiliar de esta ciudad, don José María Moledo, les llamé para que con el secretario fuesen testigos de la arenga que iba a hacer el pueblo. En efecto, después de varios esfuerzos para que se hiciera silencio, hablé con todo el entusiasmo y calor que demandaban las circunstancias y por una especie de prodigio resonó mi voz por todos los ángulos de la plaza según me ha dicho después el oidor don Francisco Cortázar, que se hallaba en uno de ellos, y pasó luego a Palacio a enterar al virrey de cuanto me había oído, y de la favorable impresión que había hecho mi voz en el pueblo. Luego que tenga lugar escribiré esta oración que aunque desnuda de las flores de la elocuencia, creo que abrazó los puntos esenciales para que el pueblo usase con moderación de sus derechos y se fijase la suerte de todo el reino comprometido en el resultado que tuviese este movimiento de la capital.

image

José Acevedo y Gómez, en *Papel Periódico Ilustrado* (1881-1887).

Concluida mi primera filípica, y los vivas y aplausos que mereció del pueblo al tiempo que me iba a extender el acta, quiso hablar el Dr. Pombo, joven ilustrado, elocuente y patriota, pero la multitud lo hizo callar llamándome para que la arengase de nuevo. Repetí mis exhortaciones dirigidas a evitar toda violencia, ofreciéndoles que muy pronto estarían asegurados y consignados sus derechos en el Libro Capitular.

Las continuas alarmas que se esparcían a cada momento causadas por el justo recelo que tenía el pueblo al ver todo el regimiento sobre las armas, la caballería sobre sus bridas, y ardiendo las mechas en la artillería, no pudieron conmover la firmeza de mi corazón.

Cada instante tenía que salir de la sala a serenar al pueblo interrumpiendo el acta que había comenzado a extender en el Libro Capitular. La multitud de gente que me rodeaba, la vocería de todos y la grandeza del negocio era un obstáculo para su pronta conclusión.

Como el pueblo solo había proclamado por sus diputados al doctor don Frutos Joaquín Gutiérrez, al doctor don Emigdio Benítez, al doctor don Camilo Torres, al doctor don Ignacio Herrera, al doctor don Joaquín

Camacho, al doctor José Miguel Pey y a mí, le hice ver que eran pocas personas y que en atención a la constancia que había manifestado la presente sala del Cabildo por sostenerle sus derechos, parecía justo que el depósito provisional de la autoridad se hiciese en este Cuerpo y los diputados; se contentó aprobando mi propuesta, diciéndome que eligiese yo los más diputados que fuesen de mi confianza. Lo hice así recomendando el patriotismo del teniente coronel Moledo y del alcalde ordinario don Juan Gómez, ambos europeos.

Formé la lista de los diputados en medio del tumulto y de la confusión: la vocería e importunidad de muchos me confundió la idea de algunas que son dignas de esta confianza sin que fuese posible fijarla a los sujetos por más que apuraba mi memoria para que me recordase sus nombres.

Después me ocurrieron esos nombres queridos para causarme el mayor pesar, y muy particularmente respecto del distinguidísimo patricio doctor don José Gregorio Gutiérrez y Moreno que sostuvo en las Juntas de 6 y 11 de septiembre anterior con la mayor energía, solidez y dignidad la justa causa de los ilustres quiteños. Este ciudadano por su virtud, por su delicado gusto en la literatura, y por el complejo de circunstancias que le adornan es digno de ocupar los primeros puestos de su patria.

Serían las nueve de la noche cuando concluí el acta, y ya se hallaba en Cabildo el oidor don Juan Jurado, comisionado por el virrey para presidir el acto a nombre de S. E.; los diputados nombrados, propuestos, confirmados y conducidos por el mismo pueblo, muchos empleados, los gobernadores del Arzobispado, los curas del Sagrario y de las parroquias, los rectores de los colegios y universidad, los prelados eclesiásticos, seculares y regulares, el doctor don Martín Gil, canónigo de esta Santa Iglesia en representación de su cuerpo, con muchos vecinos distinguidos y notables de esta capital. Por las primeras expresiones que oí al oidor comprendí que solo tenía comisión verbal del jefe para autorizar las deliberaciones que se dirigiesen a calmar al pueblo.

En este momento eché una mirada rápida sobre el continente; penetré hasta Quito, se presentó a mi imaginación la pérfida política de los actuales funcionarios respecto de aquella y esta ciudad, hice al secretario extender la certificación jurada que consta del acta; pedí su lectura: animado del

espíritu de Bruto y consagrándome enteramente a los intereses del pueblo, como otro Tiberio Graco, declaré reo de lesa majestad a quien se opusiese a la voluntad del pueblo soberano consignada solemnemente en el Libro Capitular.

Me erigí en Tribuno, en virtud de la facultad con que había extendido este documento sagrado, mientras que era reconocida su autoridad por los que iban a expirar con la posesión de los diputados. El pueblo auxilió mi resolución, los oradores la apoyaron con discursos dignos de las tribunas de Atenas y de Roma en los tiempos felices de esas célebres ciudades maestras del universo.

La opinión pública da el primer lugar a la filípica que pronunció el doctor don Frutos Joaquín Gutiérrez de Caviedes. Se pidió al virrey comunicase las facultades por escrito al oidor Jurado. En ella desenvolvió todos los artificios y maldades con que los funcionarios del Gobierno habían conspirado contra la autoridad soberana de estos pueblos para alzarse con ella o entregarlos a Bonaparte después que conquistase la península.

Se pidió al señor virrey comunicase las facultades por escrito al oidor Jurado, bien contra mi voluntad y por ceder a las instancias de mis distinguidos amigos, pues mi empeño era que se instalase sin más dilación la Junta. Al fin venció mi firmeza la oposición, y a las tres y media de la mañana ya estaba reconocida la Junta Suprema de la capital del Nuevo Reino por el Exmo. virrey don Antonio Amar, por los jefes militares y políticos y por casi todos los cuerpos y autoridades.

A las nueve del mismo día le prestó el mismo exvirrey el mismo juramento de obediencia y en acto continuo hizo él de vocal presidente: en seguida practicó igual diligencia el Tribunal de la Real Audiencia y los demás empleados que no lo habían verificado.

Desde este día, sin interrupción, se ocupa la Junta en tomar medidas de seguridad interior y exterior, pues esparcieron voces no muy infundadas de que las autoridades depuestas y sus partidarios meditaban una contrarrevolución.

El 26 estábamos ya perfectamente seguros, y hoy solo tiene el Gobierno los cuidados de la felicidad pública complacido de ver que

nuestras ideas están de acuerdo con todo el Estado de Venezuela, con nuestras provincias de Cartagena, Socorro, Pamplona y Tunja, donde antes habían ya sacudido el yugo de sus respectivos bajaes, y que siendo las que forman el corazón de este cuerpo político, en todo sentido han arrastrado a las de Mariquita, Neiva y Llanos: hemos recibido iguales solicitudes que dirigían al exvirrey las nobilísimas ciudades de Cali y Buga en la Gobernación de Popayán: sabemos que la misma ciudad de Popayán, la Provincia de Chocó y la de Antioquia solo aguardaban nuestra deliberación para unirse a nuestra causa.

La insigne Quito jamás perderá la primacía en el orden cronológico de nuestra revolución americana, y sus pequeños tiranos temblarán cuando sepan que la nueva Esparta, el Socorro, se halla disciplinando ocho mil combatientes que se proveerán en nuestra magnifica Sala de Armas de los pertrechos necesarios, sin olvidar los onderos [sic], para que guiados por oficiales hábiles purguen el continente de todos los monstruos que la infestan desde el lado de la cordillera de Guanacas hasta el Cabo de Hornos.

Esta no es una fanfarronada. Bien notorio es el valor y esfuerzos de los socorreños, y que Francisco Fonseca, de Simacota, en aquella provincia, acaba de manifestar a los soldados del tirano Valdés que no es inverosímil lo que refiere Ercilla en un poema de la Araucana, que Andrés Doria dividía a un hombre de un sablazo.

Ya he dado a usted, amigo y señor, una idea ligera pero cierta de las principales cosas que ocurrieron en esta capital la noche del 20 anterior, y que tienen una inmediata relación con el trastorno del Gobierno antiguo, acompañándole el documento original que comprueba mi relato, y en el que no pude poner cuanto ocurrió. Las anécdotas particulares desde el 20 al 1 de este son tantas y tan varias respecto del pueblo, y respecto de los antiguos funcionarios, que es necesario escribir una historia particular de ellas.

En el acta verá usted la consideración que me merece la dignidad política de las provincias del Nuevo Reino, que pueden centralizarse dentro de sí mismas, siendo esta la primera que se presentó a mi imaginación, y la de Cartagena, la segunda, únicas que creo capaces de organizarse por sí mismas considerando su riqueza, su población y distancia de la capital. Ellas podrán mandar uno o dos diputados federativos para que unidos a la

sección diplomática entiendan en los grandes intereses exteriores del nuevo Estado del nuevo Reino de Granada.

Las demás mandarán un diputado, como se les ha pedido, para que nos reemplacen a los provisionales en la Junta Suprema de Gobierno. Yo cederé gustoso mi lugar, por retirarme al seno de mi familia, contento con la gloria de haber servido a mi patria con felicidad y suceso en la crisis más importante de la segunda época de la América. Hágame usted el honor de dar mis expresiones, acompañadas del ósculo fraternal americano, a los señores Marqués de Selva Alegre, digno padre de usted, Morales, Quiroga y Salinas, y usted tenga la bondad de recibir todas las consideraciones y respetos que merece su persona de este su apasionado amigo S. S. Q. B.

José Acevedo Gómez

Relación de don José González Llorente

Llorente Nació en Cádiz, España, cerca de 1770. Se estableció en Cartagena de Indias en 1784. Allí se dedicó al comercio, que ejercía intercambiando bienes entre el viejo continente y el nuevo mundo. No se conoce con exactitud la fecha en que José González Llorente decidió establecer su domicilio en la capital del virreinato, pero se calcula que pudo ser en 1797.

Continuó su carrera como comerciante con su negocio ubicado en la Calle Real. Entre sus ramos se encontraba la venta de textos y revistas que llegaban del extranjero, así como otros artículos de lujo que provenían de ultramar.

Su fama se extendió rápidamente en Santa Fe por tener en su inventario objetos exclusivos que no había en el resto de las tiendas de la ciudad. En 1806 se casó con María Dolores Ponce y Lombana, una española criolla, y tuvieron siete hijos.

Aunque no ha faltado quien ponga en tela de juicio la autenticidad de este documento, historiadores serios lo citan como verdadero. Se publicó en el *Papel Periódico Ilustrado*, año i, Bogotá, 1881-1882.

Kingston en Jamaica, mayo 16 de 1815

Relación de las persecuciones que yo, José González Llorente, natural de la ciudad de Cádiz, vecino de la de Santafé de Bogotá, capital del Reino de la Nueva Granada, he sufrido de los revolucionarios, con noticia de los escandalosos sucesos que han ocurrido y motivado la emigración que he tenido que hacer con mi esposa doña María Dolores Ponce, tres hijos pequeños y un hermano.

Aunque yo vivía en Santafé en la pacífica ocupación de mis asuntos de comercio y sin ninguna representación pública, los revolucionarios de aquella capital comenzaron el 20 de julio de 1810 la escena de la rebelión con el atropellamiento hecho a mi persona en mi tienda de comercio mal

tratándome de palabra y de obra a presencia de los tenientes coroneles: el honrado americano D. Rafael Córdoba, D. José María Moledo y D. Francisco Vallejo, y acaudillando el primer tumulto popular motivaron este insulto en la falsedad de que yo, en una conversación privada, había vertido expresiones indecentes contra los americanos, y no bastando a aplacar el encono y el furor la satisfacción que di desmintiendo el hecho y asegurando que era una impostura, tuve que acogerme a la casa inmediata de un amigo, de donde mudándome la ropa que me habían hecho pedazos, después de curarme el brazo izquierdo contuso de los palos que en él me dieron, seguí en una silla de manos a mi casa, y perseguido en el camino y a la entrada por gentes desconocidas y armadas, logré con dificultad y con auxilio de mis domésticos refugiarme y encerrarme en ella. Y, aumentada la turba del populacho, cercan mi casa con algazara y vocería, que puso en consternación a mi desgraciada mujer, entonces recién parida, a mis hermanos y criados, y cuando las puertas de mi casa estaban a punto de ser derribadas toca a ellas el alcalde ordinario U. José Miguel Pey, que entró y siendo informado por mí de la ocurrencia me manifestó iba con comisión del virrey para disipar la reunión del pueblo. Pero como sus intenciones y las de sus agentes que obraban fuera eran siniestras, sus aparentes peroraciones desde el balcón de mi casa no hacían más que encender la irritación pública, de manera que tuve que resignarme a la prisión que Pey decretó y realizó sacándome de mi casa y conduciéndome a la cabeza del gran tumulto que otros facciosos habían con su acuerdo hecho aumentar. Me llevó a la cárcel pública y mandándome poner los más pesados grillos me dejó encerrado en un estrecho, húmedo y oscuro calabozo custodiado de dos centinelas, y quitándome a pocos días los grillos me mantuvo preso en estos términos y privado de comunicación hasta el punto de mi salida, ciento setenta días.

En la noche de mi prisión se presentó Pey en mi negra habitación, con el alguacil mayor don Justo Castro y el escribano Eugenio Elorga, y me hizo el cargo de que yo con el objeto de hostilizar a los americanos conocidos con el nombre de criollos depositaba en mi casa doscientos fusiles que de orden del virrey se me habían entregado del parque de artillería y que constaba de un recibo que yo había dado.

Contesté negando en todas sus partes el cargo, y refiriéndome al testimonio del virrey y jefes de artillería me aventuré hasta asegurar que no habría una persona en el lugar que atestiguase semejante calumnia, añadiendo además la reflexión de que doscientos fusiles no podían contenerse en menos de treinta o cuarenta cajones, que estos no se podían ocultar fácilmente, y que para conducirlos era necesario que alguno los hubiese visto entrar o ayudado a cargarlos.

Supe después que en la misma noche del 20 de julio, después de verificada mi prisión y la de otros españoles igualmente inocentes, volvieron a cercar mi casa y presentándose en ella el otro alcalde ordinario, don Juan Gómez, con tropa armada y reunión de pueblo, se verificó un prolijo reconocimiento de almacenes, cuartos, salas y artesonados de toda la casa. No se reservaron baúles ni alacenas, y las cómodas y tocador en que mi mujer guardaba sus vestidos y adornos mujeriles todo se franqueó, se abrió y se examinó; y, por último, se registró nuestra cama matrimonial y hasta la cuna en que actualmente dormía uno de mis inocentes hijos, sin que se encontrasen armas ni cosa que pudiese hacerme sospechoso, como que en realidad en mi casa no había ni jamás ha habido sino los malos y miserables cuchillos de mi mesa. Para justificar los rebeldes estas persecuciones publicaron por bando y por carteles fijados en los parajes acostumbrados que estaban nombrados jueces de pesquisa contra los españoles presos por sospechosos previniéndose al público que a ellos debían ocurrir con las delaciones y demandas que tuviesen que hacer.

Por consecuencia formaron una causa que llamaron general, en que aglomeraron cuantas vulgaridades les sugirió su depravación y el empeño malicioso que tomaron de presentarnos con el carácter de criminales en el concepto público para paliar sus violencias y persecuciones.

De aquí resultaron tres cargos que se me hicieron: el primero referente al dicho de una mujer, para mí desconocida, que aseguró haber oído a dos albañiles, que expreso no conocía, en ocasión que pasaban conversando por la calle de su casa, que yo había enterrado en los suelos de la mía dos baúles sumamente pesados; el segundo, que en una carta de don José Trillo y Agar, escrita a don Pedro Lago, de Tunja, tratándose de la invasión de los franceses en las Andalucías, le manifestaba sus recelos o sus miedos de una

insurrección en Santafé y por posdata le decía que yo escribía a Jover sobre estas noticias; y el tercero, que yo invité a don Juan Buenaventura Ortiz (alias Bucaramanga) a que firmase una representación dirigida al virrey, ofensiva a la libertad y derechos de los americanos.

En su satisfacción expresé en cuanto al primero, que el cargo estaba destruido por sí mismo, pues los supuestos baúles dado que fuera cierto su ocultación, que yo negaba, ¡contendrían armas o dinero! y en cualquiera de los dos casos no era presumible me valiera yo de personas extrañas siendo más natural que en esta diligencia delicada y peligrosa me ayudasen más bien los domésticos de mi confianza; que si acaso los fusiles, que era lo que se quería dar a entender encerraban los tales baúles era cosa que podía doblarse como un pliego de papel, porque solo de esa suerte podían caber en ellos que si lo que contenían se quería inferir era dinero, no sería delito el que usase yo de medios de precaución para tenerlo seguro y más en circunstancias en que por medio de continuados pasquines en los días anteriores a la revolución nos vimos alarmados y amenazados a muerte los españoles que vivíamos en Santafé; al segundo dije que yo no era el autor de la carta escrita por Trillo a Lago, y que en cuanto a la posdata era verdad que yo siempre escribía a don José Jover enviándole cuantos impresos de España, de Cartagena o de Santafé llegaban a mis manos, persuadido de que los papeles que se publicaban o se permiten imprimir por el gobierno son para su comunicación y circulación, para que sepamos la suerte de los hombres todos y veamos los peligros y los males de los estados, y que el que no se interesa o mira con indiferencia esta especie de publicaciones acreditadas, que no es sensible en el destino de sus semejantes; y en cuanto al tercero, confesé que era cierto había invitado a Ortiz a que firmase la representación mencionada dirigida al virrey que se reducía a manifestar los sentimientos de fidelidad hacia el soberano de los unidos vasallos españoles y americanos que la suscribíamos, y entre los últimos se contaba el nombre de algunas personas que entonces obtenían la confianza en el nuevo gobierno, que no contenía otra cosa que la testificación de nuestro amor y fidelidad para con un rey desgraciado, bajo cuya dominación habíamos jurado vivir y morir y que no era cierto hubiese yo compulsado ni apremiado a Ortiz para que la firmase como lo hizo voluntariamente y no

como supone intimidado con la lista de proscripción que falsamente asegura llevaba yo para anotar a los que no se suscribían. En punto a la acusación que se me hacía hasta en los papeles públicos de mi adhesión al Gobierno real, expuse: que ella en vez de probar en mí un crimen detestable me honraba de una virtud que me haría siempre apreciable, pues yo por mis principios que jamás variaría había sido fiel al rey, había obedecido a las leyes y respetado a los magistrados, que estaba escrito y yo había leído «que no solamente estamos obligados a obedecer al príncipe y a sus ministros, sino que también lo estábamos a no hablar contra ellos» [...]

JOSÉ GONZÁLEZ LLORENTE

El fusilamiento de La Pola

En sus *Memorias* (1857), José Hilario López cuenta los momentos finales de Policarpa Salavarrieta (1795-1817), la heroína más emblemática de nuestra Independencia.

López (1798-1869) fue un militar y político colombiano, presidente de la República entre 1849 y 1853. Se distinguió en la guerra de la Independencia gracias a su participación en la batalla de Boyacá y en las campañas de Cúcuta, Apure y Pasto. Más tarde, en 1828, se alzó contra Bolívar en defensa de la Constitución de 1821 y de los principios liberales. Ocupó distintos cargos de responsabilidad hasta llegar a la presidencia de la República en 1849, como candidato de los radicales. Su gobierno puso en marcha numerosas medidas liberales y reformistas, como la supresión de la pena de muerte por delitos políticos, la abolición de la esclavitud y el establecimiento del sufragio universal y de la enseñanza obligatoria y gratuita. En la revolución de 1859 luchó del lado de los federalistas y fue comandante en jefe del ejército. El fragmento que presentamos a continuación pertenece a los capítulos ix y x del texto mencionado.

Muy pocos días habían transcurrido cuando se denunció el complot de la Pola, y fueron puestos en prisión todos los denunciados, a consecuencia de los papeles que habían tomado a Sabaraín en su escape hacia los Llanos, en cuyo tránsito fue prendido.

Como este procedimiento se ejecutó de repente, me habría sido imposible librarme si la Providencia no hubiese querido todavía guardar mis días milagrosamente.

Yo era uno de tantos patriotas que concurrían a la casa de la Pola, en donde se comunicaban las noticias que se tenían de los de Venezuela y Casanare, y se celebraban cuando ellas eran buenas, pues esa mujer, valiente y entusiasta por la libertad, se sacrificaba para adquirir con qué obsequiar a los desgraciados patriotas, y no pensaba ni hablaba de otra cosa que de venganza y restablecimiento de la patria, pero como al tiempo de sus últimas reuniones estaba yo en el hospital, no se había puesto mi nombre en las listas que formaban el cuerpo del delito.

Sin embargo, se me sospechaba y no se me permitía salir sin un soldado de confianza que respondiese de mi persona.

La famosa causa de la Pola se siguió con actividad y muy pronto condenaron al suplicio a esa ilustre granadina y a muchos de mis compañeros.

Testigo presencial de sus últimas veinticuatro horas de vida, debo referir cuanto pasó durante ese tiempo, no porque la historia no se haya ocupado de la heroína, que bien merece páginas de oro, sino por la relación que tienen conmigo esos interesantes acontecimientos.

Entrados en capilla la Pola y sus cómplices, a saber: Sabaraín, Arellano, Arcos, Díaz, Suárez, Galiano y Marufú, y habiendo tocado la guardia y escolta a mi compañía, se me destinó en el primer cuarto de centinela a la capilla en donde estaban los tres primeros, los cuales me hicieron las más tiernas manifestaciones de amistad, recomendándome su memoria, como que todos tres eran de los ilustres restos del Ejército del Sur, en el cual habían servido hasta la clase de subtenientes Sabaraín y Arellano, y en la de sargento primero, Arcos.

El primero de estos me agregó en los términos más sentimentales: «que al fin la suerte había querido que muriese después del milagroso escape de Popayán, pero que no me envidiaba, pues él se iba a librar de los tiranos, mientras que yo quedaba sufriendo sus rigores y presenciando los sacrificios de sus víctimas; que si por un acaso extraordinario yo sobrevivía hasta la restauración de la libertad, me encargaba que le vengase, como patriota, como amigo y como compañero...».

Semejante discurso me movió de tal manera que no pude contener las lágrimas, desahogo que pudo librarme de otro accidente más grave, pues ya sentía mi corazón conmovido y mis miembros agitados. A este tiempo, el teniente Manuel Pérez Delgado, que comandaba interinamente la compañía, entró en la capilla con el objeto de visitarla y, habiendo observado mi llanto, que me era imposible disimular ni contener, me preguntó la causa, a lo que yo le contesté con entera franqueza, prevalido de una recomendación en favor mío que le había hecho mi tío Mariano Lemos, con quien estaba Delgado en muy buena inteligencia:

«Usted no ignora, mi teniente, le dije, que yo he sido compañero de capilla en otra ocasión del señor Sabaraín, y, por consiguiente, no debe extrañarle que esos recuerdos me hayan producido las sensaciones y lágrimas que usted observa: hágame usted el favor de hacerme relevar de este puesto».

Delgado oyó mi súplica y tuvo la indecible bondad de hacerme relevar inmediatamente. Con este rasgo y otro que referiré luego, probó que tenía un corazón americano, pues era hijo de la isla de Cuba.

Relevado que fui, se me conducía a colocarme en un ángulo del claustro, y al pasar por la capilla en donde estaba la Pola, esta, que me observó lloroso, por más que yo procuré no ser visto de ella, me dijo: «No llore, Lopecito, por nuestra suerte; nosotros vamos a recibir un alivio librándonos de los tiranos, de estas fieras, de estos monstruos...» y otras cosas que no alcancé a oír.

El cabo que me conducía, o no entendió el valor de las expresiones o no quiso hacer caso de ellas en consideración a que yo le enseñaba a leer y escribir, y no me dijo otra cosa a pocos momentos sino lo siguiente:

«¡Hola!, ¿conque la mujer lo conoce a usted? ¡Y qué brava está!, ¡qué guapa es!». Yo repuse simple-mente: «No es extraño que yo la conozca, pues ella es muy conocida en esta ciudad, pero hacía muchísimo tiempo que no la veía».

Desde el punto en donde se me situó de centinela podía oír perfectamente todo cuanto decía la Pola y ver todas sus acciones, pues me hallaba como a diez y seis pasos de distancia de su capilla. Al principio observé que replicaba con algunos sacerdotes que la exhortaban a confesarse y aplacar su ira. Ella les decía en voz alta y con un aspecto en que estaba pintada la ira, la resolución y el entusiasmo patriótico, lo que, poco más o menos, es como sigue:



Salida de Policarpa Salavarrieta hacia el patíbulo, óleo de Pedro Alcántara Quijano, (ca. 1944), Colección Museo de La Independencia Casa del Florero.

«En vano se molestan, padres míos: si la salvación de mi alma consiste en perdonar a los verdugos míos y de mis compatriotas, no hay remedio, ella será perdida, porque no puedo perdonarlos, ni quiero consentir en semejante idea.

»Déjenme ustedes desahogar de palabra mi furia contra estos tigres, ya que estoy en la impotencia de hacerlo de otro modo. ¡Con qué gusto viera yo correr la sangre de estos monstruos de iniquidad! Pero ya llegará el día de la venganza, día grande en el cual se levantará del polvo este pueblo esclavizado, y arrancará las entrañas de sus crueles señores.

»No está muy distante la hora en que esto suceda, y se engañan mucho los godos si creen que su dominación pueda perpetuarse. Todavía viven Bolívar, Santander, Páez, Monagas, Nonato Pérez, Galea y otros fuertes caudillos de la libertad; a ellos está reservada la gloria de rescatar la patria y despedazar a sus opresores...».

Los padres, atónitos, se aferraban en hacer callar a la Pola, suplicándola que se moderase, que a nada conducían sus imprecaciones, que ya no era tiempo de pensar en otra cosa que en la salvación de su alma.

«Bien, padres, acepto el consejo de ustedes», les respondía, «a condición que se me fusile en este instante, pues de otra manera me es del todo imposible guardar silencio en vista de los tiranos de mi patria y asesinos de tantos americanos ilustres: mil veces repito a ustedes que en vano me exhortan a la moderación y al perdón de mis enemigos.

»¡Qué! ¡Yo les había de dar satisfacción! No esperen que me humille hasta ese término; semejante bajeza no es propia sino de almas muy miserables, y la mía, a Dios gracias, ha recibido un temple nada vulgar». Insistían los sacerdotes en persuadirla a que prescindiese de ese rencor tan pronunciado y que acaso con su moderación podría todavía mover el corazón generoso y compasivo del señor virrey Sámano.

«¡Generoso y compasivo!», les replicó la Pola sonriéndose irónicamente; «no prevariquen ustedes; nunca puede caber generosidad en los pechos de nuestros opresores, ellos no se aplacarán ni con la sangre de sus víctimas; sus exigencias son todavía más exageradas y su rencor no tiene límites.

»Ustedes que me sobreviven serán testigos de las rencillas que entre ellos mismos va a ocasionarse como en los imperios de México y los Incas, por disputarse la presa y ostentar la primacía de crueldad que les distingue. ¡Generoso Sámano, y compasivo! ¡Qué error! ¿Pero ustedes conciben que yo desearía conservar mi vida a cambio de implorar la clemencia de mis verdugos?

»No, señores, no pretenderé nunca semejante cosa, ni deseo tampoco que se me perdone, porque el cautiverio es todavía más cruel que la misma muerte...». Esto decía cuando, deteniéndose en la puerta de la capilla varios oficiales, y entre ellos el teniente coronel don José María Herrera, americano, jefe del Estado Mayor de la tercera división, cuyo cuartel general estaba en Santafé, dijo este a la Pola en un tono chocarrero y burlesco:

«Hoy es tigre, mañana será cordero». A lo que, lanzándose la Pola sobre él, en términos que fue preciso que el centinela la contuviese, le dijo enfurecida:

«Vosotros, viles, miserables, medís mi alma por las vuestras: vosotros sois los tigres, y en breve seréis corderos; hoy os complacéis con los sufrimientos de vuestras inermes víctimas, y en breve, cuando suene la resurrección de la patria, os arrastraréis hasta el barro, como lo tenéis de costumbre.

»¡Tigres, saciaos, si esto es posible, con la sangre mía y de tantos incautos americanos que se han confiado en vuestras promesas! ¡Monstruos del género humano! Encended ahora mismo las hogueras de la detestable inquisición; preparad la cama del tormento, y ensayad conmigo si soy capaz de dirigiros una sola mirada de humildad.

»Honor me haréis, miserables, en poner a mayor prueba mi sufrimiento y mi resolución. ¡Americano!

»¡Herrera! ¡Instrumento ciego y degradado! Que los españoles me injurien, no lo extraño, porque ellos jamás se condolieron ni de la edad, ni del sexo, ni de la virtud; ¡pero que un americano se atreva a denostarme, apenas es creíble!

»Quitaos de mi presencia, miserables, y preparaos a festejar la muerte de las víctimas que vais a inmolar, mientras os llega vuestro turno, que no

tardará mucho tiempo: sabed que no llevo a la tumba otro pesar que el de no ser testigo de vuestra destrucción y del eterno restablecimiento de las banderas de la independencia en esta tierra que profanáis con vuestras plantas...».

En medio de este discurso, un oficial llamado Salcedo, dirigiéndose a los otros les dijo: «Una mordaza debiera ponerse a esta infiel, sacrílega, blasfema»; y Delgado le contestó:

«Una jaula perpetua debiera ser su abrigo si no estuviera condenada a muerte, porque no hay duda que ha perdido el juicio, y es una loca furiosa». Herrera decía al retirarse: «No hay duda que está loca, loca, loca perdida», y repetía constantemente esto mismo, sin duda con el objeto de que los soldados atribuyesen esa energía de la heroína a la falta de juicio y no a su patriotismo.

Anécdotas casi semejantes a esta ocurrieron durante el día, y solo el peso de la noche pudo calmar la rabia de la ilustre Pola, para renovarla al día siguiente, como vamos a verlo.

Las nueve de la mañana era la hora señalada para la ejecución. Preparado todo, se pusieron en movimiento las víctimas y sus sacrificadores. La Pola rompía la procesión con dos sacerdotes a los lados. A mí me había tocado la segunda fila de la escolta que debía fusilar a esta singular mujer; es decir, que yo no debía ser de los ejecutores, para cuyo logro no fue poco lo que trabajé, en la situación en que me hallaba de que se descubriese mi excusa y se atribuyera a esta algún mal designio que pudiera comprometerme seriamente.

Sin entrar en estos detalles, que serían largos y poco importantes, solo diré que después de muchas dificultades que tuve que vencer para librarme de tan terrible encargo, logré ser excluido a pretexto de que mi fusil no estaba muy corriente, apoyando este argumento con el regalo de cuatro reales que hice al cabo de mi escuadra, que era el discípulo de quien he hablado, el cual se ofreció a tirar en mi lugar, y así lo cumplió.

Al dar el primer paso de la puerta a la calle se descubrió al mayor de plaza, que era el encargado de todas estas ejecuciones y que se había demorado un poco. No bien fue visto por la Pola cuando, resistiéndose esta

a marchar, para lo cual hacía los más grandes esfuerzos, y encendiéndose nuevamente en ira, decía a los padres que la auxiliaban:

«¡Por Dios, ruego que se me fusile aquí mismo si ustedes quieren que mi alma no se pierda! ¿Cómo puedo yo ver con ojos serenos a un americano ejecutor de estos asesinatos? ¿No ven ustedes a ese mayor Córdoba con qué tranquilidad se presenta a testificar y autorizar estas escenas de sangre y desolación de sus compatriotas? ¡Ay! ¡Por piedad, no me atormenten por más tiempo con estos terribles espectáculos para un alma tan republicana como es la mía! ¿Por qué no se me quita de una vez la vida? ¿Por qué se aumenta mi tortura en los últimos momentos que me restan poniendo ante mis ojos estos monstruos de iniquidad, estos imbéciles americanos, estos instrumentos ciegos del exterminio de su patria?...».

Los sacerdotes la amonestaban patéticamente a que sufriese con paciencia estas últimas impresiones con que la Providencia quería probar su resignación; que hiciese un esfuerzo generoso para perdonar a sus enemigos, y que, a imitación del Salvador, marchase humildemente hasta el patíbulo y ofreciese a Dios sus sufrimientos en expiación de sus pecados. Y mientras esto le decían la llevaban casi en peso por más de veinticinco pasos.

«Bien», dijo la Pola, «observaré los consejos de ustedes en todo, menos en perdonar a los godos: no es posible que yo perdone a nuestros implacables opresores; si una palabra de perdón saliese de mis labios sería dictada por la hipocresía y no por mi corazón.

»¿Yo perdonarlos? Al contrario, los detesto más, conjuro a cuantos me oyen a mi venganza: ¡venganza, compatriotas y muerte a los tiranos!». Mientras esto decía, los sacerdotes esforzaban una voz para confundir la de la Pola y no dejarla distinguir de los espectadores.

La Pola marchó con paso firme hasta el suplicio, y en vez de repetir lo que le decían sus ministros, no hacía sino maldecir a los españoles y encarecer su venganza.

Al salir a la plaza y ver al pueblo agolpado para presenciar su sacrificio, exclamó: «¡Pueblo indolente! ¡Cuán diversa sería hoy vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad!

»Pero no es tarde. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más, y no olvidéis este ejemplo...». Mayor era el esfuerzo de los sacerdotes en no dejar que estas exhortaciones patrióticas de la Pola fuesen oídas por la multitud, y a la verdad que no podían ser distinguidas y recogidas sino por los que iban tan inmediatos a ella como yo. Llegada al pie del banquillo, volvió otra vez los ojos al pueblo y dijo: «¡Miserable pueblo! Yo os compadezco: algún día tendréis más dignidad».

Entonces se le ordenó que se montase sobre la tableta del banquillo porque debía ser fusilada por la espalda como traidora; ella contestó: «Ni es propio ni decente en una mujer semejante posición, pero sin montarme yo daré la espalda si esto es lo que se quiere». Medio arrodillándose luego sobre el banquillo y presentando la mayor parte de la espalda se la vendó y aseguró con cuerdas, en cuya actitud recibieron, ella y sus compañeros, una muerte que ha eternizado sus nombres y hecho multiplicar los frutos de la libertad.

Arcos pronunció al pie del banquillo la siguiente cuarteta:

«No temo la muerte:
desprecio la vida;
lamento la suerte
de la patria mía».

Memorias de un oficial de la Legión Británica: campañas y cruceros durante la guerra de emancipación hispanoamericana

Richard Longeville Vowell (1795-1870) fue un mercenario inglés que participó en las batallas de Independencia de las colonias españolas en América. Publicó anónimamente, en 1831, *Campaigns and Cruises in Venezuela and New Granada and in the Pacific Ocean from 1817-1830*. A diferencia de otros generales prestigiosos e influyentes como Miller y Daniel O'Leary, cuyas memorias en inglés fueron leídas profusamente en la América hispánica, las de Vowell permanecieron relativamente desconocidas hasta que fueron rescatadas por bibliófilos e historiadores a comienzos del siglo xx. Una traducción francesa había sido publicada en París, en 1837, mientras que la primera versión en español fue realizada por Luis de Terán y publicada en 1916, en Madrid, con prólogo del escritor venezolano Rufino Blanco de Fombona. Los extractos que publicamos aquí pertenecen a esta edición, cotejada con la traducción francesa y revisada por Moisés Melo.

Capítulo X

Bolívar llega a Guasdualito. - Llanuras arenosas cerca de Merecure. - El espejismo. - Sufrimientos de las tropas por la falta de agua. - Armadillos. - El ejército marcha sobre Casanare. - El pescado Caribe. - Balsas hechas de pieles de toro. - Bolívar entra en el país montañoso. - Alimento de los montañeses. - Raíz de Arracacha. - Bosques en la cordillera. - Puentes colgantes. - Páramo de los Andes. - Fatigas de las tropas durante este paso - El ejército patriota en los Andes. - Pueblos de la Nueva Granada - Derrota de los españoles en Vargas. - Bolívar entra en Tunja - El ejército español es derrotado en Boyacá. - Se hace prisionero al general Barreiro.

Hacía algún tiempo que el ejército patriota ocupaba a Mantecal, y se creía, en general, que invernaría allí. Sin embargo, apenas había empezado la estación lluviosa cuando Bolívar se dirigió a Guasdualito, pequeña población situada en las llanuras superiores de Barinas, donde los ríos

Apure y Arauca se acercan uno a otro. Algunas partes del alto llano, junto a las orillas del Arauca, no son tan fértiles como los llanos inferiores, y ofrecen con bastante frecuencia grandes extensiones de terreno estéril tales como las que se encuentran cerca del lago de Merecure, donde no hay ninguna especie de alimento para el ganado. Donde el piso arenoso está cubierto con una adormidera espinosa, el avance era muy difícil para la infantería, especialmente porque los zapatos eran escasos en el ejército patriota. La falta de agua en verano, en estas llanuras tan estériles, obliga a menudo a los jinetes a dejar sus cabalgaduras y a cargar las sillas hasta encontrar otro caballo.

El espejismo, con sus ilusiones prestigiosas, aparece a menudo en medio de estas áridas soledades. Aunque sepa de qué se trata, siguen engañando al viajero y lo convencen, contra su juicio racional, de que ve claramente, más o menos a una milla, un estanque de agua límpida, ligeramente rizado por una suave brisa. Las sombras piramidales de las palmeras, que abundan en las partes secas de los llanos, son reflejadas por los vapores que se levantan, y tienden con sus movimientos oscilantes a hacer más fuerte la ilusión.

Sin embargo, los caballos y los novillos no se dejan engañar tan fácilmente por esas apariencias, pues saben con bastante anticipación cuando se acercan al agua, por indicios que se escapan al hombre. Olfatean en seguida el aire en la dirección que su instinto les indica, y cambian la marcha lenta y pesada por un paso ágil y presuroso. Ya no hace falta hundirles la espuela, ni es posible frenarlos o guiarlos: hay que dejarlos que sigan a donde los lleve el instinto.

Un ejército que se acerca al agua después de haber aguantado sed da un cuadro de desesperación total. Es muy difícil mantener la disciplina, pues todos se salen de filas y corren adelante, con la mirada salvaje que caracteriza la sed extrema. En la mayoría de los casos, si un ejército que está buscando agua encuentra otro enemigo que ya la tiene, se arriesga a una destrucción segura.

Los que nunca han sentido la sensación de sed extrema no pueden formarse una idea de la sensación bienvenida y deliciosa que ofrece el primer trago de agua, aunque el opaco líquido que se encuentra en estos

estanques disgustaría a cualquiera que no estuviera sediento hasta el dolor. Es un agua verdosa, llena de insectos, y con frecuencia hay en ella cuerpos de caballos y otros animales que han tenido apenas la fuerza precisa para llegar al agua y morir. Y hay que sumar a esto que los toros y las mulas que acompañan al ejército se echan al estanque al mismo tiempo que los soldados, y cuando se calma su sed se tumban y se revuelcan allí. Esto explica el agua mugrosa y contaminada que le toca a los últimos que llegan.

El cachicamo, o pequeño armadillo, hace su madriguera en las partes más secas de los llanos. Lo buscan mucho los habitantes, a los que les gusta mucho de su carne, que apenas se puede distinguir de la de un lechoncillo. Se encuentran también rebaños de venados o ciervos rojos, que se pueden fácilmente cazar vivos con el lazo, porque no se asustan a la vista del cazador, a quien miran tranquilamente y le dejan acercarse a tiro de pistola. La carne de este animal es muy seca y muy insípida, distinta a las jugosas reses salvajes, a los que pocas veces se persigue, en una región tan bien provista de ganado. Esto, probablemente, explica que sienta tan poca alarma a la vista del hombre.

Al contrario, la gacela morada o antílope manchado es también muy numerosa y muy buscada, y no solo por su carne exquisita sino por su piel, muy estimada en el país. Es tan tímida, que cuando la persiguen parece que pierde todas sus facultades. Se cae con frecuencia, sin haberse herido aparentemente, y es derribada con facilidad por los largos lazos trenzados que usan los llaneros.

Una especie de búho pequeño, llamado por los criollos aguaitacamino, hace su nido en la arena floja. Lo llaman así porque parece estar mirando el camino, en grupos de dos o tres, sentado, con la más ridícula solemnidad, sobre un montículo de tierra hecho por él. Apostado allí como un centinela, abre desmesuradamente sus ojos grises para mirar a los viajeros, pero inútilmente, porque no puede ver durante el día, y baja la cabeza en signo de saludo, poco más o menos como haría una marioneta.

Bolívar no se detuvo mucho tiempo en Guasdualito, atravesó el Arauca, frente a una aldea dispersa y extensa del mismo nombre, y avanzó hacia Casanare. Es imposible dar una idea exacta de las fatigas que las

tropas tuvieron que sufrir durante este viaje, en una época del año en la que siempre se ha considerado imposible atravesar los llanos, incluso a caballo.

La infantería tuvo que marchar diariamente, varias horas seguidas, con el agua hasta la cintura, sin encontrar un sitio de reposo, y acosada por caídas frecuentes en huecos tapados por el agua o por el barro en el que se quedaban pegados. Nada podía dar más alegría que descubrir un sitio seco para descansar por la noche, después de las fatigas del día.

[Peces carnívoros]

Al pasar los ríos, muchos soldados fueron cruelmente mordidos en las piernas y muslos por un pececillo llamado caribe. Este pez nunca tiene más de 8-12 cms de largo, y sus escamas tienen un brillante color de naranja. Por pequeños que sean los caribes, su prodigiosa voracidad y el número incalculable de los que nadan juntos los hace peligrosísimos.

Lo cierto es que un llanero les teme tanto o más que a un caimán. La boca de estos caribes es muy grande en proporción de su cuerpo; está provista de dientes anchos y agudos, de tal manera, que se diría la boca de un tiburón en miniatura. Cuando atacan a un hombre o a un animal, arrancan la carne con sorprendente prontitud, porque el olor de la sangre, al regarse en el agua, los reúne por miles.

Cuando en el camino que seguía el ejército se atravesaban caños, ríos o arroyos, que no se podían pasar a pie, se construían balsas con una madera ligera, que se encuentra en casi toda la extensión de los llanos; y donde no se conseguía, las hacían de cueros de toro. En estas balsas, atadas juntas como bolsas de a dos o tres, y escoltadas por excelentes nadadores para evitar que se volteen, se transportaban personas, pólvora y equipajes.

Las balsas de cuero, usuales en Barinas, se construyen con cuero sin curtir, con los extremos cortados, y con huecos a todo lo largo del borde, que permiten que se amarre como una bolsa con una cuerda. Se rellenan con montones de madera o ramas secas, o cualquier cosa liviana, de modo que puedan sostener a varias personas que se agarran de él, mientras se pasa por una corriente y se devuelven al otro lado mediante lazos.

[En el piedemonte]

Al acercarse a las montañas, el aspecto del paisaje cambia considerablemente, lo que es un placer para el ojo del viajero después de un largo tiempo en estas llanuras que parecen infinitas. El terreno se va haciendo más desigual, y las aguas estancadas y arroyos rápidos y con corriente reemplazan los ríos fangosos. Se ven más cultivos y las casas, aunque más pequeñas que las de los llanos, están mejor construidas y con más comodidades. A medida que disminuyen los grandes rebaños, aumenta el número de gallinas y cerdos y es más fácil conseguir arepas. El frío comienza a hacerse sentir vivamente, sobre todo de madrugada, cuando el viento sopla en las nevadas cimas de la Cordillera.

En las proximidades de la villa y río de Casanare, las quebradas o torrentes comienzan a interrumpir con frecuencia la marcha. Para pasarlos era necesario que la caballería cargara las armas y los equipajes de la infantería, y esta se veía obligada a formar dos largas filas, con las manos cogidas, pues la fuerza de las corrientes es tan grande que a veces derriba a las personas y a veces las arrastra. Bolívar pasó varias veces algunos de estos torrentes, cargando en las espaldas, en grupo, soldados débiles y mujeres que seguían a sus maridos. Siempre estaba atento y era afectuoso en sus atenciones a los heridos y enfermos, así como a las mujeres emigrantes y a otros, cuyas privaciones y sufrimientos eran muy dolorosos, sea que fueran tras el ejército por necesidad o por elección.



Detalle de *Paso del ejército del Libertador por el Páramo de Pisba*, óleo de Francisco Antonio Cano (1922), Casa Museo Quinta de Bolívar, Bogotá.

A medida que los caminos seguían subiendo y se volvían de piedra, todos los caballos, que eran de los llanos, comenzaron a flaquear y a cojear, pues no tenían ninguna costumbre del piso duro, y nunca habían subido o bajado pendientes más largas que las orillas de los ríos, a donde iban a beber. Esto causó la deserción de un cuerpo entero de llaneros, que mandaba el coronel Carvajal; Páez lo había destinado a acompañar a Bolívar en Nueva Granada, mientras él se quedaba en Achaguas con el resto de su ejército, con excepción de los lanceros del coronel Rangel. Estos eran

sobre todo nativos de la provincia de Mérida, muy montañosa, y cuatro años antes, cuando siguieron a Rangel por primera vez a los llanos, eran unos 1.500, pero ahora, al volver a los Andes, no quedaban sino unos 400, pues el resto había muerto en acción.

Los hombres de Carvajal, que soportaban con buen ánimo su propia fatiga, no podían mirar con indiferencia las durezas de sus caballos o incluso la pérdida de ellos, e iban abandonando el ejército en cada parada, hasta que solo quedaban unos pocos oficiales. Los hombres de Rangel, de montaña, por el contrario, respiraban con mayor libertad a medida que subían por la cordillera, y no tenían ninguna resistencia a montarse en unas mulas o incluso a andar a pie, una humillación a la que todo verdadero llanero se resistía.

En las partes bajas del piedemonte uno no encuentra muchos cultivos, pero a medida que va subiendo, por una serie de ascensos muy pendientes que alternan con suaves descensos, aparecen hermosos valles y collados donde los habitantes cultivan papas chiquitas y de pobre calidad, pues raras veces se abona el suelo. Así y todo, forman la parte principal de la alimentación de los montañeros, hervidas en una espesa mazamorra. Tienen también la arracacha, una raíz peculiar de las montañas de Sur América. Es una comida nutritiva y agradable, con un sabor y forma que recuerda la alcachofa de Jerusalén. Parece una raíz muy productiva y resistente, que crece en sitios difíciles y en un suelo pobre y pedregoso, con raíces irregulares que se pegan en manojos a la planta original. Los campesinos locales la usan con frecuencia, junto con el maíz, para hacer una clase de chicha, esa sabrosa y estimulante bebida indígena, tan celebrada, y que los hombres de montaña beben con frecuencia.

Los serranos, como llaman a los nativos de las cordilleras, son de corta estatura, delgados y de aspecto mezquino. Al viajero le sorprende la diferencia entre ellos y los altos, fuertes y gruesos llaneros, comedores de carne. A primera vista, diríase que los serranos son unos hambrientos extranjeros que todavía no se han acostumbrado al aire de las montañas. Visten también más pobremente, porque no fabrican ninguna clase de telas y no tienen medios para procurarse mejores prendas ni por la compra ni por trueque.

[Subiendo a los Andes]

Empezamos a ver entonces frecuentemente los picachos nevados de los Andes, por las anchas hendiduras de las montañas inferiores que llevan a ellos, y no entendíamos cómo podríamos pasar esa barrera, en apariencia inaccesible. Es verdad que mientras más contempla un viajero aquellas imponentes montañas, menos concibe la posibilidad de pasarlas.

Los estrechos senderos que conducen a los páramos bordean precipicios que rodean montañas salvajes totalmente deshabitadas y cubiertas de inmensos bosques que bloquean la luz casi por completo. Los árboles se elevan a tal altura que sus cimas detienen constantemente las nubes a medida que pasan, lo que produce una continua llovizna que los alimenta. Esta circunstancia explica lo resbaladizos y, por lo tanto, peligrosos que resultaban para el ejército los senderos de esas montañas, especialmente para las mulas y bueyes agotados, que sin embargo sobrevivieron las fatigas de la marcha y la total falta de mantenimientos, pues nada crece bajo estos árboles distinto a hiedras, musgo y líquenes. En varios sitios los torrentes que se precipitan de roca en roca perpendicularmente bajo los senderos, se hallan a tan enorme distancia, que apenas llega el ruido de su caída al oído del viajero; y a medida que los agotados animales se despeñaban, uno a uno, su camino podía adivinarse por la ruptura de los arbustos que crecen en los bordes del precipicio, hasta que uno los veía hundirse en las corrientes espumosas.

[La tarabita]

Pasábamos a menudo puentecillos de troncos de árboles puestos sobre caídas de agua que han abierto el lecho por que se lanzan a unirse más abajo a las corrientes. Estos puentes se hallan, en general, tan cubiertos de musgo y en tal estado de abandono y decadencia, que apenas se considerarían seguros para pasar un arroyito de un pueblo. Hay otra especie de puente, que se pone donde la distancia es tal que no es posible armar un arco para pasar de un extremo a otro. Este puente se llama tarabita y se compone de varios lazos anudados, de manera que forman una fuerte trama de cuerda atada en los dos extremos a unos árboles. De esta tarabita se cuelga una especie de hamaca o cesto de mimbres o de piel de vaca, capaz de cargar a

dos personas, del que se tira por medio de largas cuerdas, dispuestas para ello. A los caballos y mulos se les pasa una cincha y se les transporta colgados de ella, poco más o menos de la misma manera en que se embarcan los caballos en un barco de transporte. Las tarabitas se extienden a menudo por 40 o 50 toesas[1] y la horrible profundidad sobre la que cuelgan hace necesario que las personas nerviosas cierren los ojos al cruzar. Este sistema de transporte produce una sensación similar, con toda probabilidad, a la que experimenta un aeronauta.

[El frío del páramo]

Aunque el ejército fuera bañado noche y día por la lluvia, no sufrimos un frío muy severo porque nos abrigaban los árboles del bosque. Pero cuando salimos de los bosques y llegamos a los páramos, con sus pasos sin vegetación, el viento era tan penetrante que helaba aun a los que estaban mejor vestidos, y por aquella época estos eran desgraciadamente muy pocos en el ejército de Bolívar. Los que tenían zapatos al salir de los Llanos los habían desgastado del todo y muchos, incluso de los oficiales, literalmente no tenían camisas, y se contentaban con envolverse en mantas o en lo que pudieran conseguir.

El aspecto de los Andes, entre estas cadenas de montañas, es magníficamente salvaje. Aunque parecen enteramente nevados, vistos desde las montañas inferiores hay, sin embargo, poca nieve en los páramos a causa de las violentas ráfagas de viento que las barren constantemente, excepto donde la cubren algunas rocas.

[Los huesos del camino]

Hay también en los flancos de algunos picos elevados, precipicios de rocas sólidas, donde la nieve no puede permanecer; pero, cuando se ven estas montañas de cerca, se observa que el hielo está incrustado en ellas y que en varios lugares tienen hondonadas donde las cascadas brotan continuamente. A esta altura de los Andes no hay ya senderos porque el terreno es rocoso y quebrado, cubierto a trechos con pequeñas capas de nieve helada, y sin otro signo de vegetación que líquenes de color oscuro. No es difícil, sin embargo, encontrar rumbo, porque se halla indicado por

osamentas de hombres y animales que han perecido, al tratar de atravesar los páramos con mal tiempo. Se ve en las rocas una multitud de crucecitas, plantadas sin duda por manos piadosas, en memoria de los viajeros que allí perdieron la vida, y en el suelo se encuentran maletas, correas y otros artículos abandonados, que parecen los restos de un ejército desperdigado.

A semejante altura, la situación del ejército es realmente espantosa; sobre su cabeza se alzan enormes bloques de granito que aterran al audaz viajero, y a sus pies se extienden insondables abismos que abren sus bocas como si quisieran tragárselo. La sensación de extrema soledad, de alejamiento del mundo, se apodera de su mente, y la refuerza el silencio de estas agrestes soledades, que no turba ningún rumor, a excepción del grito del cóndor y el monótono murmullo de las lejanas chorreras. Las nubes pasan sin parar, tan densas que a veces oscurecen totalmente el camino, donde un mal paso tendría consecuencias terribles de imaginar. A veces es preciso acostarse en el piso para evitar la impetuosa violencia del viento. El cielo, de un constante azul oscuro, parece más cerca de nosotros que cuando lo veíamos desde los valles, pero, aunque el sol no esté velado por ninguna nube, no parece ofrecer ningún calor y no da sino una luz pálida y enfermiza como la de la luna llena.

[Muriendo de frío]

El cansancio y el frío, añadidos al estado de debilidad en que se encontraban los soldados, faltos de suficiente alimento, empezaron a mostrar sus efectos. Era casi imposible impedir que se acostaran en el piso, a causa del excesivo sopor del que todos se quejaban. Este sopor es para muchos un síntoma precursor de la muerte. En vano los oficiales intentaban obligarlos a levantarse, sin que los argumentos pesaran, pues la urgencia del caso hacía que cada uno pensara solo en su seguridad personal y en cómo superar estas peligrosas alturas mientras quedara algo de aliento. Los que cedían a esta fatal somnolencia no tardaban en ponerse blancos y morían sin dolor aparente, como víctimas de un ataque de apoplejía. El extremo enrarecimiento del aire es tal vez lo que produce este resultado. Los pulmones, en cada inspiración, parecen llenarse en forma incompleta, y se produce una apariencia de asma, al tiempo que se acelera el ritmo del

corazón. Una noche de las que se pasaron en el páramo, que el ejército no fue capaz de atravesar sin una parada, fue aterradora, por la inclemencia del tiempo. No se pudo conseguir leña para hacer fuego, y si lo hubiera habido el viento no habría dejado encenderla. Los oficiales y los soldados, por lo tanto, se sentaron, amontonados sin discriminación en grupos que buscaban calentarse. Muchos murieron en esta noche terrible. Venía con el ejército una pobre viuda, con toda su familia de niños, con los que regresaba a su hogar cerca a Zipaquirá. Había emigrado desde allí a los Llanos con su marido, un oficial patriota, cuando Morillo se apoderó nuevamente de Santafé de Bogotá.

Durante esta noche los cielos parecían azules claros tirando a negros. El número de estrellas parecía haber aumentado, o había aumentado realmente, y evidentemente se mostraban mucho más brillantes. La luna también estaba más clara, redonda, casi con un brillo metálico, y las montañas que uno ve en su superficie se veían con mucha más claridad que cuando se miraban desde sitios más bajos. Vimos varias estrellas fugaces muy brillantes, pero no era posible distinguirlas, excepto por el mayor recorrido o por la velocidad de su movimiento.

El descenso de los Andes, aunque muy escarpado y lleno de precipicios, es de todos modos mucho menos duro que el ascenso desde los llanos. Y es mucho más corto, porque las tierras que hay entre las dos ramas longitudinales de la cordillera, que se extiende a todo lo largo de Sur América, están a una altura mayor que las que están a ambos lados de las mismas montañas. El clima es frío, especialmente en las partes expuestas a los hielos enfriados por la nieve, pero al llegar a los valles protegidos la temperatura es deliciosa. El suelo es en general productivo y se cultivan todos los sitios posibles, como ocurre en general en una región montañosa, donde los habitantes nunca dejan de compensar por las desventajas del sitio en el que trabajan con una actividad y un esfuerzo dobles. Aquellos, por el contrario, que viven en los sitios más planos, raras veces harán el esfuerzo de cultivar un terreno suficiente para que les dé la subsistencia. Hay un tipo especial de caballos en estas montañas, pequeños, no tan bien formados como los ponis, pero que más bien parecen caballos de tiro en miniatura. Tienen melenas revueltas, cueros gruesos y los tobillos o canutillos gruesos

y peludos. No les ponen herraduras ni les arreglan los cascos, de modo que la pezuña llega a ser en algunos casos hasta de un pie de largo. Esto da al animal una extraña apariencia, y sugiere la idea de gente que camina con zapatos de nieve, pero a pesar de esta apariencia incómoda, son animales de paso muy seguro, y considerados iguales a las mulas en malos caminos rocosos.

[En Socha]

Mientras bajaban a los valles, las tropas se detuvieron en una pequeña aldea, situada al pie de una colina pendiente y más bien alta, que constantemente se desmorona, sin ninguna razón obvia. Esto no puede ser explicado por la acción del agua, pues no se encuentran fuentes en ella. Pero sea lo que sea, las piedras y guijarros sueltos, que caen sin parar a los dos lados, han destruido ya la iglesia, así como varias casas vecinas, y ya los habitantes han llegado a la conclusión de que deberán abandonar el sitio y reconstruir su pueblo en algún otro sitio del vecindario.

[En Sogamoso]

El ejército patriota llegó al pueblo de Sogamoso antes de que el general realista supiera que había logrado pasar las cordilleras, porque había quitado las avanzadas de los pueblos situados en la extremidad de las montañas, considerando que no era posible que semejante paso pudiera efectuarse durante el invierno.

[La batalla del Pantano de Vargas]

Sin embargo, Barreiro, que mandaba el ejército español de Nueva Granada, en cuanto supo que Bolívar había penetrado en esta provincia, reunió precipitadamente sus fuerzas y se apoderó de las alturas que dominan al Pantano de Vargas, entre las cordilleras y la ciudad de Tunja. Era esta la capital de la provincia de este nombre, y a Bolívar le importaba entrar en ella, pues sus principales habitantes se habían mostrado siempre favorables a la causa de la Independencia, y le habían mandado decir que estaban dispuestos a unírsele en la primera ocasión que se presentara.

Aunque las tropas patriotas se encontrasen en lamentable estado, por las fatigas y privaciones inauditas que acababan de sufrir; aun cuando sus

armas de fuego se habían estropeado mucho, y aunque careciesen de municiones, Bolívar no vaciló un momento en atacar a los realistas en sus posiciones. Estos tuvieron al principio alguna ventaja, debido a la superioridad de su número, pero finalmente la fortuna pasó a los patriotas, apoyados por unos centenares de ingleses, a los que Bolívar, con base en varios batallones, había reunido en un regimiento de infantería, bajo el comando del coronel James Rooke, que resultó herido al comienzo de la batalla y perdió su brazo. El mayor McIntosh condujo a los soldados a una elevada colina, en medio de un fuego intenso que no devolvieron, hasta que llegaron a las alturas, desde donde cargaron a la bayoneta y desbarataron a los españoles.

A la mañana siguiente, temprano, Bolívar entró a Tunja habiéndose adelantado durante la noche, por travesías y desvíos, a la tropa realista, pues Barreiro se estaba retirando más lentamente en la misma dirección, por otro camino. Bolívar ganó con esto una ventaja importante, pues ahora estaba en un sitio fuerte, en una provincia donde todos estaban a favor de él. Pronto aportaron a su ejército provisiones de todo género para reponer a sus agotados soldados, así como considerables cantidades de paño, que hacía muchísima falta. No tardaron tampoco en acudir al campo patriota desde todas partes voluntarios y Bolívar se encontró en poco tiempo al frente de un ejército tan respetable por el número como por el aspecto, y que deseaba ardientemente enfrentarse al enemigo.

[En el Puente de Boyacá]

Mientras tanto, Barreiro, hallándose separado de Tunja, se retiró hacia Ventaquemada, y, después de haber recibido refuerzos de Santa Fe de Bogotá y de los alrededores, se parapetó frente al Puente de Boyacá. Este lugar era notable, pues allí se había dado la última batalla donde los españoles derrotaron en un tiempo a los antiguos habitantes de Cundinamarca. Ahora estaba destinada a presenciar la última batalla y la derrota total de los españoles en la Nueva Granada. Barreiro, en la posición que había escogido, no podía esperar apoyo de Morillo, pues incluso si este general se hubiera enterado de la situación tan amenazadora para Bogotá, la

estación del año le habría impedido mandar tropas desde Caracas, a través de los Andes y por caminos tan difíciles.



Batalla de Boyacá, tríptico al óleo de Andrés de Santa María (1926). Casa de Nariño, Bogotá.

En cuanto Bolívar se enteró del movimiento de Barreiro, atacó a este jefe en la posición que había elegido. Los realistas, que no ignoraban que del resultado de la jornada dependía la suerte de la capital y la de toda Nueva Granada, se defendieron con gran valor y resolución. Fueron, no obstante, derrotados tras una batalla breve pero sangrienta, habiendo intentado inútilmente destruir el puente por el que se batían en retirada. No hubo nunca victoria más completa: todo el ejército español, con sus bagajes, sus municiones y su caja militar, cayó en manos de los vencedores. Cuando Barreiro vio que iba a ser cogido tiró su espada al suelo para evitarse la humillación de entregársela a Bolívar, cuyos talentos militares había tratado siempre con el mayor desprecio en sus proclamas.

Fue hecho prisionero, con gran número de oficiales, entre los que figuraba el segundo al mando, el coronel Jiménez, que había manifestado el inveterado odio que tenía a los patriotas con numerosos actos de crueldad. Los patriotas le apodaban el Caricortado a causa de una herida que recibiera en la cara. Cuando hacía prisioneros, ordenaba que fuesen atados espalda con espalda y arrojados así a un río, en cuyas márgenes permanecía él, como si se recrease en presenciar los inauditos esfuerzos que hacían aquellos desgraciados para salvarse a nado.

Todos los soldados del ejército realista, que habían intentado escapar hacia los campos vecinos, fueron traídos, amarrados por los campesinos, que se habían armado con las armas abandonadas en pánico por los fugitivos. Era difícil, en verdad, proteger a los españoles del resentimiento de los campesinos, que los odiaban, por el sistema de crueldad y saqueo que habían puesto en práctica contra ellos.

Capítulo XI

Crueldad del virrey Sámano. - Ejecución de la Pola.

Mientras tanto el virrey de Nueva Granada, que era igualmente odiado por realistas y patriotas, permanecía encerrado en su palacio de Santa Fe de Bogotá. Era hombre de una avaricia y crueldad extraordinarias. Se dejaba mandar en todo por los frailes, y llevaba de ordinario el hábito de los capuchinos, como para mostrar su particular predilección por esa orden. Con tal hábito se disfrazó cuando tuvo que huir de la capital, al acercarse el ejército patriota.

En cuanto supo que se aproximaba Bolívar, Sámano mandó armar un patíbulo en la plaza, frente a las ventanas de palacio; y unos banquillos, como se llamaban los asientos destinados a los que habían de ser fusilados, fueron puestos en la alameda como advertencia muda para las personas hostiles al gobierno español. Nubes de espías se repartieron por todas partes y bastaba una acusación sin ninguna prueba para que Sámano pronunciase en el acto la pena de muerte o la confiscación de los bienes. Así los satélites del virrey cometían, mediante amenazas, las extorsiones y crueldades más inauditas.

Entre las personas que fueron condenadas a muerte, en esta época de terror, los colombianos no olvidarán a la infortunada Policarpa Salavarrieta, más conocida con el nombre de La Pola, que fue condenada a muerte por Sámano y fusilada con su prometido[2]. Era una joven de distinguida familia de Bogotá, tan bella como talentosa. Profundamente afecta a la causa de la libertad, no vaciló en encargarse de recoger todos los informes posibles sobre las fuerzas del ejército realista, los lugares que ocupaba y sus planes de operaciones. En las tertulias que por las noches se celebraban en su casa, y a las que acudían los oficiales españoles, se esforzaba en obtener de estos las noticias que necesitaba. Nada omitía para sus fines: ni conversación viva y ligera ni danzas animadas ni música melodiosa. En medio de estas distracciones, pensaba que los encontraría menos sobre aviso. De este modo, aparentando lamentar la ausencia de algunos oficiales, se enteraba de los puestos a que se los había mandado.

Transmitía a Bolívar cuantos informes podía recoger, por intermedio de un fiel mensajero; pero, desgraciadamente, este mensajero fue detenido al llevar uno de los mensajes secretos, y, amenazado de muerte, reveló el nombre de la que lo empleaba. La joven fue inmediatamente juzgada por un consejo de guerra (la ley marcial se había proclamado en la capital) y condenada a ser fusilada con su novio, aunque no se hubiera podido aducir ninguna prueba de complicidad contra él.

Tras la sentencia, se les puso en capilla, en la que estuvieron doce horas, porque Sámano esperaba que hiciesen revelaciones que podían ser de la mayor importancia. Un fraile, enviado para confesar a la Pola, la amenazó con la condenación eterna si se atrevía a ocultarle algo; y, de otra parte, se esforzó en ganar su confianza prometiéndole el perdón y recompensas para ella y su prometido si consentía en nombrarle los cómplices; pero ella negó resueltamente que hubiera empleado a nadie más que al mensajero detenido.

Al día siguiente, los dos amantes, estrechamente atados por la misma cadena y rodeados de tropas, fueron llevados a los banquillos. Cuando el pelotón de granaderos preparaba sus armas, se ofreció nuevamente el indulto a la Pola.

Declaró entonces, sin manifestar la menor señal de temor, que si tuviera cómplices se negaría a denunciarlos, y que, por lo demás, ya le conocerían a la llegada de Bolívar. Al observar que su prometido se disponía a hablar, le suplicó que, con su muerte, se mostrase digno de ella; le aseguró que el tirano virrey no le perdonaría la vida por las revelaciones que pudiera hacer; y añadió que debía ser un consuelo para él morir con la que amaba. Los frailes se retiraron entonces y el pelotón preparó las armas.

Antes de que la ejecutasen, dirigiéndose a los soldados, exclamó:

—Conque, verdugos, ¿tenéis valor de matar a una mujer?

Se cubrió en seguida la cara con su saya, y al hacerlo, mostró a los espectadores, bordadas con letras de oro, en su pañolón, las palabras: «¡Viva la patria!». Dada inmediatamente la señal desde el balcón del virrey, los dos amantes cayeron al mismo tiempo, atravesados por las balas.

Sámano se esforzó en ocultar a la corta guarnición que había en Bogotá, y a los habitantes en general, la derrota que el ejército español

había sufrido en el Pantano de Vargas, así como la marcha amenazadora de Bolívar sobre la capital. Celebrábanse en todas las iglesias misas solemnes con repique de campanas, y por todos los lugares públicos circulaban pomposos boletines que anunciaban, a paisanos y militares, que las tropas de su majestad católica habían obtenido grandes victorias sobre los insurrectos.

La misma víspera de la entrada de las tropas patriotas en la capital, Sámano había dado en su palacio una gran fiesta a los oficiales de la guarnición y a algunos de los principales ciudadanos. Les aseguró que no había nada qué temer del ejército insurrecto, del que dijo que había sido destrozado por las tropas de Barreiro, y declaró que con sus viejas sandalias aniquilaría a los pocos que habían escapado del desastre.

Esta extraña conducta hizo que a muchos españoles los sorprendieran desprevenidos en la ciudad, y los capturaran y les confiscaran los bienes. Sámano tenía el temor de que, si se sabía la verdad antes de que él pudiera escaparse, el camino de Honda, que era muy estrecho y muy malo, iba a estar lleno de los fugitivos y le resultaría difícil, en medio de la confusión, asegurarse un bote o un champán para embarcar con su equipaje. A pesar de esto, un destacamento de caballería patriota que atravesó el campo junto al Magdalena estuvo a punto de apoderarse del virrey, y logró arrebatarle varios mulos cargados de doblones y otras cosas.

Los habitantes de la ciudad se entregaron entonces, sin reserva, a su alegría, al verse al fin libres de la tiranía de los españoles. Grupos de personas de todas clases obstruían las calles, felicitándose mutuamente de un acontecimiento que apenas se habían atrevido a esperar; y mientras que una parte de la población erigía arcos de triunfo en la plaza y en las calles principales para recibir al ejército victorioso, la otra se apresuraba a salir al encuentro de Bolívar y conducirle a la ciudad.

El ejército patriota hizo su entrada en la ciudad precedido por la música que había pertenecido a los españoles, y acogido por las aclamaciones de los habitantes, que rivalizaban entre sí en testimoniar su regocijo y gratitud.

Parecían también muy asombrados al ver que el número de prisioneros era casi igual al de los vencedores. Todo habitante notable se mostraba

deseoso de recibir en su casa a uno o dos oficiales, y sobre todo a los oficiales ingleses, a quienes se tributaban los mayores elogios por la parte importante que habían tomado en la última victoria.

Los habitantes de Bogotá, aunque deprimidos con las persecuciones y las consecuencias de una larga guerra civil, en la que casi todas las familias habían perdido parientes y amigos, parecían naturalmente inclinados a la alegría, y en cada casa se organizaban tertulias, bailes y conciertos.

[…]

---

1 Es decir, de 75 a 85 m.

2 El fusilamiento de La Pola fue el 14 de noviembre de 1817, antes de que Bolívar comenzara su campaña de los Llanos y cuando Juan Sámano gobernaba en Santafé como comandante general de la Nueva Granada, pero no como virrey, cargo que asumió en marzo de 1818.

LA BATALLA DE BOYACÁ

Daniel Florence O'Leary (1801-1854) se embarcó en 1817 a América para unirse a la lucha independentista. En 1818 remontó el Orinoco y desembarcó en Angostura, donde se enlistó con el rango de alférez en el cuerpo de Húsares Rojos, al mando del coronel Henry C. Wilson. Luego fue designado al ejército de Apure, al mando de José Antonio Páez.

Participó con el grado de teniente en el combate de La Gamarra, donde conoció a Simón Bolívar, quien lo ascendió a capitán. Realizó el paso de los Andes con el ejército patriota y participó en la batalla del Pantano de Vargas, donde recibió una herida en la frente.

Fue nombrado primer ayudante del general Anzoátegui después de la batalla de Boyacá, y edecán de Bolívar el 17 de septiembre de 1819.

Estuvo presente en 1820 en las negociaciones de armisticio y regularización de la guerra entre Bolívar y Pablo Morillo. Por sus acciones en la batalla de Pichincha fue elevado al rango de teniente coronel del ejército. Luego de la creación de Bolivia, el Libertador le dió el grado de coronel. Acompañó a Bolívar después de 1825 en los diversos procesos de integración panamericanista.

El fragmento que aquí publicamos pertenece a sus *Memorias*, que ocuparon 32 volúmenes y fueron publicadas entre 1879 y 1888.

HABIENDO LLEGADO al cuartel general las municiones que se esperaban y los convalecientes de los hospitales, y aumentado, además, el ejército con los voluntarios que el patriotismo y no la ley marcial había allegado, emprendióse la marcha sobre el enemigo el tres de agosto, con lo que Barreiro se vio obligado a evacuar el pueblo de Paipa, retirando sus avanzadas al aproximarse los independientes a las alturas que dominan el camino de Tunja. Al cerrar la noche cruzaron el río Sogamoso los patriotas y acamparon a media legua de los realistas. Al día siguiente resolvió Bolívar volver a las anteriores posiciones de Bonza; pero a puestas del sol volvió el ejército a pasar el río, y al oscurecer dio contraorden, y dejando al enemigo a retaguardia, emprendió marcha sobre Tunja por el camino de Toca. A las once de la mañana ocupó la ciudad e hizo prisioneros a los pocos soldados de la guarnición, pues el gobernador de Tunja había salido

aquella misma mañana para el cuartel general de Barreiro con el tercer batallón de Numancia y una brigada de artillería. El ejército patriota fue acogido en Tunja con las mismas demostraciones de júbilo con que había sido recibido en todas partes.

El atrevido movimiento de Bolívar aterrorizó al realista y decidió de la suerte de la campaña. Solo vino a saberse el movimiento a la mañana siguiente en el campo enemigo, y entonces Barreiro guio hacia Tunja por el camino principal. En la noche sesgó un tanto sobre la derecha, y en la mañana siguiente entró en Motavita, aldehuela poco distante de la ciudad. Un destacamento de caballería que había seguido su movimiento picándole la retaguardia, le inquietó bastante durante la noche y le hizo prisioneros todos los rezagados. El 7 continuó Barreiro su marcha y apenas se cercioró de ello Bolívar, que en persona hacía un reconocimiento de la dirección que llevaba, dio orden a su ejército, que tenía formado en la plaza de Tunja, de marchar hacia el punto a donde el enemigo se dirigía, con intención de interponerse entre este y Santafé. A las dos de la tarde llegaba al puente de Boyacá la primera columna realista y estaba pasándolo cuando la vanguardia patriota la atacó por retaguardia, a tiempo que la división de Santander coronaba las alturas que dominaban la posición en que Barreiro había desplegado su ejército. Diose principio a la batalla con escaramuzas de guerrillas, durante las cuales una columna de cazadores realistas pasó el puente a las órdenes del coronel Jiménez y se formó en batalla; mas no pudiéndolo hacer Barreiro con el grueso de su ejército, mandolo retirar como a tres cuartos de milla del puente, con lo cual dio tiempo a los independientes de cortarle la comunicación con Santafé. Diose orden inmediatamente a Santander para forzar el puente y a Anzoátegui para atacar simultáneamente la posición realista por el ala derecha y por el centro. Se generalizó entonces el combate; la infantería española se comportó con gran denuedo por algún tiempo, hasta que Anzoátegui con sus lanceros envolvió su ala derecha y les tomó la artillería que el batallón Rifles había atacado de frente; la caballería en fuga fue acuchillada, visto lo cual cedió la infantería. Una carga a la bayoneta decidió la jornada. Jiménez, que defendía el puente y tenía en jaque la división de Santander, al

observar el desconcierto de Barreiro, cejó y la derrota se hizo general. Mil seiscientos hombres depusieron las armas.
Barreiro, Jiménez, su segundo, y la mayor parte de los jefes y oficiales cayeron prisioneros. La artillería, municiones, armas, banderas, caballos, cajas y bagajes quedaron en poder del vencedor. Bolívar en persona persiguió a los fugitivos hasta Venta Quemada, donde pasó aquella noche. A la mañana siguiente se ejecutó un acto de justa retribución. Vinoni, el traidor, que tuvo la principal parte en la sublevación y entrega del castillo de Puerto Cabello a los españoles, fue reconocido por Bolívar entre los prisioneros hechos durante la persecución y mandado ahorcar en el acto. El general Soublette, jefe de estado mayor del ejército, dio cuenta de esta gloriosa batalla en que dos mil republicanos vencieron a tres mil realistas, en el parte fechado el día ocho de agosto en Venta Quemada, que dice así:

«Al amanecer el día de ayer dieron parte los cuerpos avanzados de que el enemigo estaba en marcha por el camino de Samacá; el ejército se puso sobre las armas, y luego que se reconoció que la intención del enemigo era pasar el puente de Boyacá para abrir sus comunicaciones directas y ponerse en contacto con la capital, marchó por el camino principal para impedírselo, o forzarlo a admitir la batalla.

»A las dos de la tarde la primera división enemiga llegaba al puente, cuando se dejó ver nuestra descubierta de caballería. El enemigo, que no había podido aún descubrir nuestras fuerzas, y que creyó que lo que se le ponía era un cuerpo de observación, lo hizo atacar con sus cazadores, para alejarlo del camino, mientras que el cuerpo del ejército seguía su movimiento. Nuestras divisiones aceleraron la marcha, y con gran sorpresa del enemigo se presentó toda la infantería en columnas sobre una altura que dominaba su posición. La vanguardia enemiga había subido una parte del camino persiguiendo nuestra descubierta, y el resto del ejército estaba en el bajo a un cuarto de legua del puente, y presentaba una fuerza de tres mil hombres.

»El batallón Cazadores de nuestra vanguardia desplegó una compañía en guerrilla, y con los demás en columna atacó a los cazadores enemigos y los obligó a retirarse precipitadamente hasta un paredón, de donde fueron también desalojados: pasaron el puente y tomaron posiciones del otro lado:

entretanto nuestra infantería descendía y la caballería marchaba por el camino.

»El enemigo intentó un movimiento por su derecha, y se le opusieron los Rifles y una compañía inglesa. Los batallones primero de Barcelona y Bravos de Páez con el escuadrón de caballería del Llanoarriba, marcharon por el centro. El batallón de línea de Nueva Granada y los Guías de retaguardia se reunieron al batallón de Cazadores y formaban la izquierda. La columna de Tunja y la del Socorro quedaron en reserva.

»En el momento se empeñó la acción en todos los puntos de la línea. El señor general Anzoátegui dirigía las operaciones del centro y de la derecha: hizo atacar un batallón que el enemigo había desplegado en guerrilla en una cañada, y lo obligó a retirarse al cuerpo del ejército, que, en columna sobre una altura, con tres piezas de artillería al centro y dos cuerpos de caballería a los costados, aguardó el ataque. Las tropas del centro, despreciando los fuegos que hacían algunos cuerpos enemigos situados sobre su flanco izquierdo, atacaron la fuerza principal. El enemigo hacía un fuego terrible; pero nuestras tropas, con movimientos los más audaces y ejecutados con la más estricta disciplina, envolvieron todos los cuerpos enemigos. El escuadrón de caballería del Llanoarriba cargó con su acostumbrado valor y desde aquel momento todos los esfuerzos del general español fueron infructuosos: perdió su posición. La compañía de Granaderos a Caballo (toda de españoles) fue la primera que cobardemente abandonó el campo de batalla. La infantería trató de rehacerse en otra altura, pero fue inmediatamente destruida. Un cuerpo de caballería que estaba en reserva aguardó la nuestra con las lanzas caladas, y fue despedazado a lanzazos; y todo el ejército español en completa derrota y cercado por todas partes después de sufrir una grande mortandad, rindió sus armas y se entregó prisionero. Casi simultáneamente el señor general Santander, que dirigía las operaciones de la izquierda, y que había encontrado una resistencia temeraria en la vanguardia enemiga, a la que solo le había opuesto sus Cazadores, cargó con unas compañías del batallón de línea y los Guías de retaguardia, pasó el puente y completó la victoria.

Batalla de Boyacá, óleo de Martín Tovar y Tovar (París, 1890). Capitolio Federal, Caracas.

»Todo el ejército enemigo quedó en nuestro poder; fue prisionero el general Barreiro, comandante general del ejército de Nueva Granada, a quien tomó en el campo de batalla el soldado del primero de Rifles, Pedro Martínez; fue prisionero su segundo el coronel Jiménez, casi todos los comandantes y mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de mil seiscientos soldados: todo su armamento, municiones, artillería, caballería, etc.: apenas se han salvado cincuenta hombres, entre ellos algunos jefes y oficiales de caballería que huyeron antes de decidirse la acción.

»El general Santander con la vanguardia y los guías de retaguardia, siguió en el mismo acto en persecución de los dispersos hasta este sitio; y el general Anzoátegui con el resto del ejército permaneció toda la noche en el mismo campo.

»No son calculables las ventajas que ha conseguido la república con la gloriosa victoria obtenida ayer. Jamás nuestras tropas habían triunfado de un modo más decisivo, y pocas veces habían combatido con tropas tan disciplinadas y tan bien mandadas.

»Nada es comparable a la intrepidez con que el señor general Anzoátegui, a la cabeza de dos batallones y un escuadrón de caballería, atacó y rindió el cuerpo principal del enemigo. A él se debe en gran parte la victoria. El señor general Santander dirigió sus movimientos con acierto y firmeza. Los batallones Bravos de Páez y primero de Barcelona, y el escuadrón del Llanoarriba combatieron con un valor asombroso. Las columnas de Tunja y el Socorro se reunieron a la derecha al decidirse la batalla. En suma, su excelencia ha quedado altamente satisfecho de la conducta de todos los jefes, oficiales y soldados del ejército libertador en esta memorable jornada.

»Nuestra pérdida ha consistido en trece muertos y cincuenta y tres heridos; entre los primeros, el teniente de caballería N. Pérez y el reverendo padre fray Miguel Díaz, capellán de vanguardia; y entre los segundos, el sargento mayor José Rafael de Las Heras, el capitán Johnson y el teniente Rivero».

Del boletín del once copio estas palabras:

«El ejército libertador ha llegado al término que se propuso al emprender esta campaña. A los setenta y cinco días de marcha desde el pueblo de Mantecal en la provincia de Barinas, entró su excelencia en la capital del Nuevo Reino, habiendo superado trabajos y dificultades mayores que las que se previeran al resolver esta grande operación y habiendo destruido un ejército tres veces más fuerte que el que invadía. Puede decirse que la libertad de la Nueva Granada ha asegurado de un modo infalible la de toda la América del Sur».

La victoria de Boyacá dejó franco a Bolívar el camino a la capital, en la cual solo tenía el virrey Sámano una pequeña guarnición compuesta de su guardia de alabarderos y de parte del regimiento de Aragón. Junto con esta escolta y las principales autoridades, salió Sámano precipitadamente en la mañana del 9 de agosto, tomando el camino de Honda, diez horas después de recibir la noticia de la derrota del ejército realista, noticia que llevaron a Bogotá el ayudante de Barreiro, don Manuel Martínez de Aparicio, y el comisario don Juan Barreda.

Bolívar, que desde el campo de batalla había seguido a Venta Quemada en unión de los que perseguían el enemigo, marchó el ocho hacia la capital con el escuadrón del Llanoarriba dejando órdenes sobre los movimientos del ejército, del cual se había desprendido ya una parte a ocupar las provincias del Socorro y Pamplona. En Tunja nombró un gobernador con encargo especial de formar un hospital militar. El diez por la mañana supo en el Puente del Común la fuga del virrey y de otros empleados españoles la víspera muy temprano; inmediatamente despachó a Anzoátegui en su persecución, y él mismo con su estado mayor apresuró su marcha a Santafé, en donde entró a las cinco de la tarde en medio de las aclamaciones del pueblo, cuyos transportes de alegría eran solo comparables a su sorpresa por la súbita, cuanto inesperada, transición de la más opresiva tiranía al goce de la libertad.

Simón Bolívar, miniatura sobre marfil de José María Espinosa (1830), Museo Nacional de Colombia.

LLEGADA DEL LIBERTADOR A SANTAFÉ DESPUÉS DE LA BATALLA DE BOYACÁ

José María Espinosa (1796-1883) fue un prócer de la Independencia, pintor y cronista colombiano.

Participó en las fuerzas organizadas por Antonio Nariño durante la Patria Boba y durante la Campaña del Sur. Reconocido retratista de próceres de la Independencia, pintó además escenas de batallas, algunas de ellas vivencias propias. Espinosa fue uno de los creadores de la iconografía del Libertador Simón Bolívar. Inició sus retratos de Bolívar a partir de agosto de 1828, justamente por la época en que tuvieron lugar los trágicos sucesos que dieron fin a los sueños de Bolívar sobre la Gran Colombia. Compiló, con ayuda del Dr. José Caicedo Rojas, la obra conocida como *Memorias de un abanderado* (1876), de cuyos capítulos XXXII y XXXIII extraemos el siguiente fragmento.

ERAN LAS SIETE de la mañana del 9 y me estaba levantando de la cama, cuando una formidable detonación conmovió la casa hasta sus cimientos. Era la explosión del parque que estaba en el aserrío, media legua al sur de la ciudad. El motivo de ella, como todos saben, fue la derrota de los españoles.

El ejército patriota había triunfado completamente en Boyacá el 7 de agosto, derrotando y destruyendo el fuerte y disciplinado ejército español, después de otros triunfos parciales. Esta terrible noticia había llegado a Santafé el 8, y al día siguiente muy temprano emigró precipitadamente el virrey Sámano, con todos los empleados y custodiado por su guardia de alabarderos, dirigiéndose a Honda para seguir a Cartagena y allí embarcarse para España, pues la pérdida había sido decisiva. El coronel Calzada, que mandaba la guarnición, luego que salió el virrey, hizo poner fuego al almacén de pólvora del aserrío y se fue también con los quinientos hombres de tropa que habían quedado, dirigiéndose a Popayán.

Esta era la detonación que había sentido. Apenas había pasado cuando se presentó Maza en mi habitación, instándome para que saliéramos. Me

parece que lo veo con su capote de bayetón de color carmelita, su cantimplora terciada y un fusil al hombro y en compañía de un tal Temes, cartagenero, hombre de su escuela y de su mismo temple. Como yo le tenía más miedo a Maza que a los godos, no quise replicarle, y diciéndole que me aguardase un momento, fui a buscar a mi hermano Eugenio para que saliese conmigo. «No necesitan armas, dijo Maza, porque vamos a tomarlas al cuartel de caballería».

¡Qué aspecto el que presentaba la ciudad! Las calles estaban desiertas; partidas de soldados de caballería las recorrían, sin orden ni concierto; oficiales afanosos y turbados daban órdenes aquí y allí; toques de cornetas y tambores por dondequiera; el patriota don Francisco González recorría de prisa las calles principales con un muchacho que tocaba generala, cosa de que nadie hacía caso, porque los realistas huían o se ocultaban y los patriotas no se atrevían a salir por temor de las violencias y venganzas a que podían entregarse los españoles en aquellos últimos momentos. Fuera de unas pocas personas que solían atravesarse de una parte a otra despavoridas o conduciendo algunos objetos como de equipaje, solo nosotros andábamos por entre los españoles que nada se atrevían a decirnos, ni aun nos miraban: estos eran los últimos restos de la guarnición que había quedado en la ciudad y que se preparaban a salir también.

En el camino se nos reunió don Nicolás Sánchez, y cuando llegamos al cuartel de caballería que estaba en la plazuela de San Francisco, abandonado ya por la tropa y en donde solamente había quedado un cuartelero y unos pocos hombres que se ocupaban en trasponer a toda prisa varias armas y municiones, el español que estaba dirigiendo la operación, al vernos y al reconocer a Maza que iba con su fusil, se tiró por el balcón para huir. Salimos de allí armados y municionados y nos dirigimos a San Diego, por donde estaban entrando los derrotados de Boyacá. Una de las personas que encontramos en la calle fue un dependiente de confianza de la casa de don Eduardo Sáenz, que aprovechándose de que este señor había emigrado precipitadamente, dejando abandonados todos sus intereses, estaba saqueando la casa con otros. Nuestra presencia fue suficiente para que huyesen atemorizados y se escondiesen. Yo supuse que aquel hombre solo trataba de poner en salvo los intereses de su patrón; pero cuando, muerto en

Cartagena Sáenz, volvió a Santafé su esposa, la señora Concepción Pedreros, hizo las reclamaciones del caso y nada pudo conseguir que le devolviese.

De San Diego para allá encontramos varios derrotados que venían, ya solos, ya en grupos, y Maza comenzó a hacerles tiros de fusil; pero ellos lejos de hacer frente, se entraban a los potreros, desviándose del camino. Nos devolvimos para la ciudad y cerca del Hospicio nos detuvimos mi hermano y yo, viendo a un señor Venegas muerto de un balazo que le acababa de dar un negro de los españoles que salió por las calles haciendo fuego. Seguimos y, al llegar a la plazuela de San Francisco, sale Maza por detrás del Humilladero de manos a boca. Apenas me vio montó su fusil y me lo apuntó a quemarropa... Por fortuna conservé sangre fría, y como conocía el carácter de este hombre, le grité:

—¡General! ¿está usted borracho? ¿Ya no me conoce usted?

Bajó entonces el fusil y me dijo:

—¡Chico! ¡Si te acobardas te mato!...

Y lo habría hecho como lo decía, pues Maza no era hombre que gastaba chanzas, y la vida de un semejante no le importaba un comino. Maza era un eminente patriota y héroe benemérito, pero, como hombre privado, muy poco simpático y aun temible en ocasiones.

Al día siguiente fuimos a la Quinta de La Floresta; conseguimos allí tres buenos caballos, de los cuales reservamos uno para el amigo Maza. Llegamos a su casa; ya salía con su fusil; pero al vernos dijo: «Largaremos el fusil y tomaremos la lanza».

Don Nicolás Sánchez también iba con nosotros y marchamos en dirección al norte.

Apenas habíamos andado dos leguas cuando vimos venir un militar, bajo de cuerpo y delgado, a todo el paso de un magnífico caballo cervuno; todo fue divisarlo Maza y exclamar: «¡Allí viene un jefe godo de los denotados!». Y diciendo esto, picó espuelas al suyo, y cuando estuvo a unos treinta pasos de distancia, gritó: «¡Alto ahí! ¿quién vive?». El desconocido no hizo caso de esta interpelación y siguió adelante; entonces Maza enristró su lanza y acercándose más, gritó lo mismo; pero el jefe, pasando de largo

por cerca de Maza, le dijo con un tono de tanta dignidad como desprecio: «¡No sea p...!».

En aquel instante reconocieron Maza y mi hermano al general Bolívar, el cual, habiendo tenido noticia en el Puente del Común de que Sámano había emigrado con toda su gente y que la ciudad estaba enteramente abandonada, *voló* a ella, dejando su escolta, sus edecanes y demás personas que le acompañaban, las cuales se quedaron muy atrás y él venía perfectamente solo. Seguimos con él hasta la plaza de la Catedral. La noticia de su repentina llegada llenó de extraordinario júbilo a toda la población. Llegaban algunos sujetos a caballo y todos le instaban para que fuese al palacio, pero él lo rechazó; sin duda aguardaba a que llegasen los que venían atrás para darles allí mismo las órdenes del caso. En efecto, a poco rato llegó el coronel Justo Briceño, de una traza lo más rara, con los calzones hechos pedazos y una chaqueta corta que parecía haber sido en otro tiempo colorada; bien que Bolívar no estaba más elegante: el uniforme de grana roto y lleno de manchas por todas partes y la casaca pegada a las carnes, pues no traía camisa. Así hizo la campaña de los Llanos, y lo mismo venían todos los oficiales y tropa, porque los españoles no habían dejado en las poblaciones del norte telas ni ropa de ninguna clase. Se conocía que hacía por lo menos un año que no se cambiaba la ropa.

En seguida llegaron el coronel Infante y la caballería apurona, en caballos cansados, y ocuparon las cuatro esquinas de la plaza. Después se nos acercaron y dijeron: «Señores, pie a tierra, que necesitamos sus caballos para seguir a Honda en persecución de los enemigos». Nos apeamos, entregamos los caballos, ellos los desensillaron y les pusieron sus fustes llaneros y montaron. Yo me volví para mi casa con la galápaga cargada a las espaldas, ya como a las seis de la tarde.

No fue el peligro en que el bárbaro atentado de Maza puso la vida de Bolívar el único que corrió aquel día el Libertador, pues si por desgracia se hubiera quedado en la ciudad, o vuéltose del camino una partida de enemigos, o si el teniente coronel Pla, que había llegado esa noche a la cumbre de Monserrate con doscientos hombres, se hubiese atrevido a bajar a la ciudad, sin duda alguna le habrían cogido prisionero y tal vez quitado la vida, pues la caballería había partido esa misma noche, como también el

general Anzoátegui, en persecución del virrey y el coronel Plaza en la de Calzada. Así era que no había en la ciudad quien pudiese defenderlo o evitar tamaña desgracia, que habría venido a hacer, por lo menos, infructuoso el espléndido y decisivo triunfo que acababa de obtenerse.

El rasgo siguiente confirma lo que acerca de la ferocidad del carácter de Maza se ha dicho: al siguiente día de la entrada de Bolívar comenzaron a llegar algunos de los prisioneros españoles; entre ellos venía un oficial venezolano llamado Brito; al llegar a la plazuela de San Francisco lo reconoció nuestro héroe y, bien porque tuviese con él alguna antigua enemistad, o bien por el placer de matar, se le acerca y apuntándole con el fusil, le dice: «Diga usted: ¡Viva la patria!». El pobre prisionero obedeció la intimación; pero no pudo concluir la frase, porque soltándole Maza el tiro, lo dejó en el sitio.

La llegada de las tropas vencedoras fue una ovación continuada; las escenas a que ella dio lugar no son para referirlas, y el lector puede figurárselas muy bien. Algún tiempo después, cuando todo estaba ya sosegado, me presenté al general Joaquín París, comandante general de armas, que había regresado del sur mucho antes que yo, quien me dijo que pronto se me expediría mi despacho de capitán del primer batallón de campaña que debía marchar para el sur. Le di las gracias, pero le manifesté que estaba resuelto a dejar el servicio, porque mi salud se hallaba quebrantada y quería retirarme a vivir de mi trabajo. Él me instó a que desistiese de esta idea que me haría truncar mi carrera; pero yo le dije que ya veía libre a mi patria, por la cual había hecho sacrificios y peleado para defenderla, y que otros debían continuar sirviéndola. Y, en efecto, llevé a cabo mi propósito consagrándome desde entonces a mi profesión de pintor y retratista, y en mis últimos años he hecho los cuadros al óleo de todas las batallas campales en que me hallé, y los retratos de muchos próceres y jefes de la guerra de la independencia, de los que hablaré más adelante.

Sin ambición ni pretensiones de ninguna especie he pasado hasta hoy mi vida tranquila, o por lo menos exenta de remordimientos consagrado a un trabajo pacífico, y haciendo votos por la prosperidad y engrandecimiento de mi patria. Los recuerdos de mis años juveniles me han sido en ocasiones gratos y a veces dolorosos; pero siempre me he regocijado con la idea de

haber contribuido, aunque en pequeña parte, a darle libertad e independencia. Celebré sinceramente sus triunfos posteriores, y celebraré mucho más que cerrándose para siempre la era de las discordias domésticas, alcance yo a ver próspera y feliz esta patria que tanto amo. Hoy no se disfruta ya de ese placer puro, de ese regocijo que inspiraban aquellos primeros triunfos; los que no fueron testigos de ellos no pueden formarse una idea de esa especie de vértigo, de ese entusiasmo que rayaba en delirio. La generación presente lee con fría indiferencia, si es que la lee, aquella historia, digna de los tiempos heroicos, y no se penetra de los inmensos, de los indecibles y dolorosos sacrificios que ha costado a sus mayores el fundar esta patria que ella ve hoy como cosa de juego y pasatiempo, como cuentos de nodrizas. Si esta generación indiferente y ligera leyese esa historia con ojos filosóficos y con juicio y reflexión, tal vez no estaríamos viendo el seno de la patria despedazado por guerras intestinas, a que da origen una legión de vulgares pasiones, o de imaginarias y estériles teorías que pretenden plantearse sin estudiar las condiciones especiales de nuestro país.

En cuanto a mí, me queda la gran satisfacción de no haber derramado sangre de hermanos, si se exceptúa el corto período de guerra civil que siguió a la revolución de 1810 entre centralistas y federalistas, siempre he combatido contra los enemigos nacionales, jamás contra mis compatriotas. Por eso he preferido el modesto título de *abanderado de Nariño*, a todos los pomposos grados y empleos con que el gobierno de mi país hubiera recompensado mis hazañas en las guerras civiles que han ensangrentado, empobrecido y desacreditado a nuestra tierra.

Aquí debiera terminar estos apuntamientos, porque si más me extendiera solo podría consignar algunos rasgos de mi vida íntima y doméstica que poca o ninguna importancia tendrían para el lector; pero el amor propio de artista, disculpable cuando no se pasa de ciertos límites, y la circunstancia de estar relacionados esos rasgos con varios personajes que figuran en estas páginas y que han sido notabilidades conspicuas en nuestro país, me hace vencer la repugnancia que naturalmente tengo de entrar en tales pormenores. Hablaba anteriormente sobre la idea que tienen muchos

acerca de las guerras de la época gloriosa de nuestra Independencia, lo que me hizo recordar las anécdotas siguientes:

Pasaba yo una vez por el frente de la botica de un amigo mío, donde estaban en tertulia unos paisanos y dos españoles. Uno de los primeros me llamó y me dijo, en tono de burla: «Señor Espinosa, ¿se parecen estas batallas de Sebastopol, a las de Juanambú, Calibío y demás de esta república?». Le contesté que no, porque en Europa peleaban cien mil hombres contra otros tantos y moría la décima parte; pero nosotros peleábamos mil quinientos contra dos mil españoles y moría la mitad. (Esto no es exageración, porque en la Cuchilla de El Tambo, por ejemplo, éramos ochocientos republicanos contra dos mil realistas que estaban atrincherados en un punto inexpugnable; y de los nuestros murió la mayor parte y los demás quedamos prisioneros).

Otro de los de la tertulia, que había estado oyendo con sonrisa y frotándose las manos, dijo: «Cada vez que me acuerdo que Baraya atacó en Bajo Palacé a Tacón con cañones de guadua...». Los dos españoles prorrumpieron en carcajadas, porque se suponían que había triunfado Tacón; pero yo les dije: «¿y ustedes creen que con cañones de guadua venció Baraya a Tacón?». Ellos dijeron entonces ya muy serios: «No, eso no puede ser». Mientras más quieran ridiculizar las acciones heroicas de nuestros compatriotas, más las elevan. Y es de advertir que el general Tacón no era cualquier hombre cuando fue en La Habana capitán general. Estando yo retratando al general Rondón, él me divertía refiriéndome algo de sus campañas. «¿Qué le parece a usted?», me dijo un día: «Habiéndose acampado el general Barreiro, español, al frente del Pantano de Vargas, se acercaron a nuestro campo dos húsares de Fernando VII, seguramente con ánimo de desafiar a dos de los nuestros. Venían en magníficos caballos y muy bien uniformados, con una chaqueta verde guarnecida de pieles, colgada sobre el hombro izquierdo; tenían espada, carabina, un par de pistolas, cantimplora, etc. Nosotros estábamos viéndolos hacer morisquetas, cuando se me presentó un zambito de la caballería de Bajo Apure y me dijo: "¿Mi generá, me da permiso de epantá aquello dos goos?", "¿Y tú solo?", "Sí señó", me contestó el zambito, que estaba medio desnudo, con su lanza, montado en pelo en un caballito que manejaba con una jetera: se precipitó

sobre los dos españoles, y cuando se acercó le hicieron tiros de pistola y carabina, pero por fortuna no fue grave la herida hecha al caballo; entonces lanceó a uno de los dos godos y el otro salió corriendo, y la cantimplora volaba por la precipitación con que iba; pero no obstante esta ligereza fue alcanzado por el nuestro y corrió la misma suerte del primero. El zambo fue aplaudido por todo nuestro campo, adonde volvió con un caballo de cabestro, y yo le dije: "¡Te has lucido!", a lo que me contestó: "Eso no es naa, mi generá"».



Detalle de *Los Padres de la Patria saliendo del Congreso*, óleo de Ricardo Acevedo Bernal (1921), Casa Museo Quinta de Bolívar, Bogotá.

DOS COLUMNAS DE LA INDICACIÓN

El periódico *La Indicación* se enmarcó en la apuesta del gobierno grancolombiano por empezar de cero, legitimar la República y borrar el pasado colonial. Fue tal vez el primer periódico en el actual territorio colombiano con una clara voluntad de crear un circuito nacional de opinión pública. Sus páginas, editadas por Vicente Azuero, se dedicaron a defender la representatividad de la Asamblea Constituyente de 1821, fomentar la educación pública y la opinión a través de la prensa y fortalecer los argumentos del gobierno de Santander ante la avalancha de críticas recibidas, sobre todo desde Caracas, por el centralismo y concentración que caracterizaron la República en sus primeros años. Tuvo 26 números y finalizó su publicación por la falta de condiciones técnicas para continuar imprimiendo, no sin antes dar acaloradas batallas con otros periódicos como *El Insurgente* y *El Anglocolombiano* por defender la Constitución de Cúcuta, el manifiesto de una voluntad general y el legítimo anclaje social después de la Independencia. Y es que *La Indicación* adoptó la empresa de convencer a sus lectores sobre los beneficios de la República, aunque no escapó a las dificultades que suponía publicar en un contexto de guerra, crisis fiscal y con pocos insumos en materia de impresos e impresores. Por esta razón, finalmente desapareció en 1823. A continuación, dos columnas sin firma, la primera exalta nuestra naciente república y la segunda conmemora la batalla de Boyacá.

La Indicación*, Bogotá, miércoles 24 de julio de 1822*

Colombia

Aspera tum positis miescent socoinla bellis.
Virgil

Los pueblos de esta república han logrado consumar su empresa después de doce años de revolución. Han tenido que combatir contra todo género de obstáculos para llegar al término; la ignorancia, los errores, un supersticioso fanatismo en favor de la tiranía, divisiones y guerra entre los mismos pueblos y aun entre los individuos que disentían por formas de gobierno, todo se conjuraba para aniquilar o retardar los primeros pasos de la libertad. La lucha contra el español reunía a la vez todos los caracteres de una guerra exterior y toda la ferocidad de una guerra civil, y ha sido más devastadora y obstinada que la de ningún otro pueblo; épocas hubo en que los contendientes se propusieron su mutuo exterminio; pero siempre el vengativo español encontró más benignidad en el compasivo americano. Aunque estas provincias no eran las más opulentas, estaban más avanzadas a Europa, y se las creyó las más propias para ser subyugadas las primeras. De aquí provino que las expediciones más poderosas, y los frecuentes refuerzos que salían de la península contra los inocentes americanos, se emplearon principalmente contra este territorio. Empero el valor, la desesperación, una constancia incapaz de ceder, armaron a sus hijos y les inspiraron una obstinación invencible. Estos han conquistado palmo a palmo la superficie de Colombia y hoy la ven purificada de enemigos, no ha virtud de un tratado, ni de una o dos batallas sino a merced de una cadena no interrumpida de combates, reveses, reacciones gloriosas y triunfos inmortales. La libertad de Colombia se ha comprado al precio de torrentes de sangre y de montones de muertos, solo comparables a los grandes ríos que la bañan y a los gigantescos montes que la dividen.

Entre el ruido de las armas y el seno mismo de los peligros se ha reunido el congreso general de 1821. Jamás se había visto una primera reunión de representantes más legítima. Ella no se componía de suplentes

por pueblos que no los habían nombrado como las cortes extraordinarias de Cádiz, que dieron esa célebre Constitución que es hoy el ídolo de todos los españoles, ni de personas nombradas por las legislaturas de Estados particulares. Como el congreso que dio la Constitución federal de los Estados Unidos sino de representantes escogidos por los mismos pueblos. Este congreso dio una Constitución a la república sobre la base de un gobierno popular representativo, y promulgó diversas leyes organizando los varios ramos de la administración pública, para que pudiese marchar el nuevo sistema con uniformidad y orden. Finalmente, para dejar planteada su obra hizo elecciones con arreglo a la forma constitucional. Es presidente de la república el mismo ciudadano y general que la ha fundado con sus armas, su constancia y su ardiente amor a la libertad, vicepresidente, otro general que, después de sus ilustres servicios en la campaña, había desenvuelto sus talentos y habilidades en el arte de gobernar. Estableciose una suprema corte de justicia y cortes superiores para los distritos judiciales en que se divida la república. El territorio está distribuido en departamentos y provincias; y en todo él se haya planteado el sistema constitucional. La cámara del senado quedó nombrada por el congreso, y los representantes van a ser escogidos por los pueblos en las próximas elecciones conforme a la Constitución.

El vasto distrito de las provincias de la antes desgraciada Quito acaba de ser rescatado del poder español por dos memorables vallas; en una extensión de más de 112 mil leguas cuadradas, apenas suena ya el cañón enemigo, sino es en la plaza de Portocabello y en los arenales de la costa de Coro. Pero aquella plaza perfectamente bloqueada por nuestras armas y en parte ocupada, no tardará en acabarse de rendir, y en Coro no existen sino restos miserables de una fuerza que ha sido diversas veces destrozada. Tal es la hermosa situación de esta naciente república: ella es a todas luces más ventajosa que la de los otros estados que se han formado en las que fueron colonias españolas. Buenos Aires después de haber sido teatro de largas y sangrientas divisiones al fin ha logrado establecer cierto buen orden; pero carece ya de toda la banda oriental y aún no se atreve a reunir un congreso, por no despertar celos y enemistades que no pueden estar aniquilados, Chile está tranquilo bajo la dirección del prudente O'Higgins; pero no disfruta

aun de la garantía y confianza que solo puede dar una Constitución sancionada por los representantes del pueblo; todavía no ha pronunciado definitivamente sobre sus futuros destinos. En el Perú respiran aún La Serna y Canterac; es verdad que se reunió un congreso constituyente; pero se le limitarán sus facultades, y se ponen trabas a un pueblo y a representantes que por vez primera van a determinar sobre su suerte política. De antemano se ha renovado y dado más tensión a una nobleza hereditaria: se han criado órdenes con pensiones y privilegios ofensivos de los derechos del pueblo: y se ven los cimientos del delirio de una monarquía. En el antiguo imperio de Anáhuac no se disfrazan estas miras, pero estando en pugna semejantes empresas con la tendencia general del siglo presente a repúblicas representativas, y faltando en nuestro concepto los elementos necesarios en aquellos países para crear y hacer obedecer una dinastía nueva y desconocida, estos pensamientos solo servirán para prolongar por algunos años la anarquía, las disensiones civiles y aun el despotismo; pero al fin la experiencia y la razón desengañarán a los ambiciosos y los nivelarán a las ideas, únicamente compatibles con el siglo en que vivimos.

Hay, por tanto, dos solos pueblos en el mundo que marchan por las sendas de un gobierno popular representativo en todas sus partes, y que de consiguiente se hallan en la situación más natural y menos expuesta a convulsiones; la república de los Estados Unidos y la de Colombia. Acaso los europeos envidiarían nuestra suerte. A despecho de su vasta ilustración, de su opulencia, de sus artes, de sus riquezas y comodidades, ellos no pueden pasar de una vez a gobiernos populares; tienen que caminar gradualmente y que hacer el tránsito de los gobiernos absolutos a las monarquías constitucionales; para ello sería violento y peligroso, lo que para los americanos es el dictamen de la razón y el buen sentido.

¡Dichosa Colombia que ha sabido conocer su dichosa posición para aprovecharla! ¡Gloria eterna a sus sabios conductores, que desprendidos de toda ambición e interés personal, la han puesto en el camino de una felicidad segura, y han abominado proyectos quiméricos, que solo dictan el orgullo y la injusticia! El tiempo descubrirá toda la sabiduría y acierto de sus planes, y hará ver que, así como Colombia ha conquistado con más

sangre, con más constancia y con más sacrificios su independencia, así también ha sabido sacar de ella un provecho más cuantioso.

La Indicación*, núm. 3, agosto 10/ núm. 4, agosto 17, 1822*

Día de Boyacá

¡7 de agosto! ¡Día glorioso! ¡Día de Boyacá! Hoy es tu tercer aniversario. Tres años hace que se dio esa batalla por siempre memorable, y tres años que se selló con ella la emancipación de este continente, su libertad y su gloria. El ejército pacificador era dueño de las hermosas provincias de Colombia; había degollado a los padres venerados de la república; había deportado a los ministros del santuario; había segado una preciosa juventud, baluarte y esperanza de la patria; estaban viudas las sensibles esposas, y los tiernos pupilos lloraban su orfandad; el pueblo entero era condenado a los presidios, a las obras públicas, a los ultrajes y a la abyecta servidumbre de señores crueles y animados de la venganza. En vez de los himnos a la libertad y a la patria, de los alegres cantares del americano, inocente y dichoso, no se oían sino gemidos y sollozos; el ¡ay! del dolor se escuchaba por todas partes.

Pero entretanto, el cielo inspiraba altos designios al vengador que nos había destinado, le armaba con su espada, le revestía de una intrépida constancia, y le cubría con su égida, contra todos los peligros. ¡Bienvenido seas Bolívar inmortal! Él llegó y se apoderó de la espada de nuestros opresores, los combatió y quedaron deshechos. Sus huestes eran pequeñas; pero eran invencibles porque las conducía el Dios de la victoria.

Esta se adelanta en los brazos de los vientos a todos los ángulos de nuestro hemisferio; en todos ellos se estremecen y caen los templos del despotismo; vacila en su asiento el trono del soberbio Fernando: la libertad levanta su vuelo majestuoso sobre la misma España, extiende su ardor a todas partes, y los déspotas tiemblan.

El genio de la libertad crea una república que lleva el nombre del primer descubridor de estas regiones privilegiadas; convoca a los representantes de los pueblos para que pongan su sello a esta creación; les muestra los derechos sacrosantos del hombre, y les señala la senda que deben emprender para que Colombia sea desde su cuna la nación más libre del mundo.

¡Ah!, ¡todos estos bienes los debemos a ti! ¡Oh Boyacá!

Tú los enterrabas todos en tu seno; lo cubriste, y se derramaron por toda la superficie de Colombia. Salve, hija primogénita de Bolívar; tu nombre sea grato a cuantos amen la libertad; tu memoria sea celebrada de generación en generación, y de siglo en siglo. Vamos a los templos a rendir nuestros tributos al supremo regulador de las naciones; que un orador sagrado nos refiera las maravillas que el eterno ha obrado por medio de los guerreros de la libertad; coronemos nuestras cabezas con el símbolo de este numen beneficio, sentémonos a las mesas con nuestros amigos y hermanos, y reine en nuestros convites una alegría inocente.

¡Los poetas queridos de las musas de los Andes, lleven a la posteridad en sus odas las proezas de nuestros campeones! y llenen los aires nuestros cánticos a los derechos del hombre y a las dulzuras de la libertad. Vamos al teatro y que los actores no nos enseñen en la escena sino nuevos ejemplos de virtud. Prolonguemos nuestra fiesta; un día, un día solo por grande que él sea, no nos basta para saciar nuestro entusiasmo; salgamos a los campos, levantemos tiendas en el prado; que el pueblo se entregue a las efusiones de su presente felicidad; que este espectáculo y este mismo desorden nos representen los trabajos, las largas marchas del ejército libertador por vastas y desiertas llanuras; nuestra juventud desenvuelva su destreza y habilidad en los ejercicios marciales; y celebremos todos con danzas, con festines y con cantares el día de Boyacá. ¡Día grande y claro! Los nietos de nuestros nietos te celebren allá en los últimos siglos, y que cada aniversario añada nuevo esplendor a tu belleza. ¡Que esta fiesta inspire a los hijos de Colombia el mismo entusiasmo que dominaba a los griegos en los juegos de Olimpia! Que ella sea la fiesta más célebre del universo; que cuando otros pueblos redimidos del yugo feroz del despotismo se congreguen a solemnizar los beneficios de la libertad, se digan entre sí «Imitemos el

generoso entusiasmo de los colombianos, cantemos como ellos a nuestros libertadores, establezcamos también nuestro aniversario de Boyacá y tengamos nuestro 7 de agosto». Que en estas fiestas cívicas no penetren nunca la corrupción ni el vicio; que en ellas se levanten nuevos altares a la virtud y al valor, a la unión y a la libertad; y que los corazones de nuestros hijos beban en ellas el sagrado amor a la patria y el más vivo ardor por imitar a los guerreros de Boyacá.



El Libertador Simón Bolívar, óleo de Ricardo Acevedo Bernal (1920). Sala del Consejo de Ministros, Casa de Nariño, Bogotá.

Tres columnas de La Miscelánea

La Miscelánea empezó a imprimirse en septiembre de 1825. Sus redactores eran los jóvenes Rufino José Cuervo, Alejandro Vélez, Juan de Dios Aranzazu, José Ángel Lastra y Pedro Acevedo. En su primer número advertían: «Combatiremos los principios que no creamos en armonía con las instituciones que nos rigen, o con las que reclaman el bien del mayor número; y como tendremos que luchar contra opiniones añejas, con intereses encontrados, con preocupaciones envejecidas y sobre todo con hombres altivos, unos por el poder, otros por el prestigio que les ha divinizado, es probable que encontremos enemigos en la ruta». A continuación, tres columnas publicadas sin firma en *La Miscelánea*. La primera está dirigida a los historiadores del futuro, la segunda reflexiona sobre el concepto de Libertad y la tercera es una cronología de los hechos ocurridos en 1825, un lustro después de nuestra Independencia, para apuntalar la aún joven y frágil nación en ciernes.

La Miscelánea*, núm. 7, 30 de octubre de 1825*

Historia de la revolución de la República de Colombia

Sabemos que el Sr. Restrepo, secretario de Estado, se ocupa actualmente de tan interesante encargo. —Nuestra República carece hasta hoy de este documento de una importancia tan inmensa. «Todos los pueblos han escrito su historia desde que han podido escribir», dice Voltaire. La generación presente, testigo de las grandes escenas que han cambiado la faz política de nuestro país, desaparecerá; ¿y habría de suceder que en medio de la luz inmensa del siglo, acontecimientos de tanta trascendencia y magnitud, no se trasmitiesen casi a la posteridad mas que por el canal infiel de tradiciones orales? La historia de este pueblo, que triunfante y glorioso luchó con sus tiranos por restituir al hombre la dignidad que le dieron Dios y la

naturaleza, ofrece una época, unos sucesos dignos de fijar las miradas del filósofo y del hombre social, y son bien raros estos ejemplos en los anales del mundo. Un espectáculo verdaderamente consolador para la mísera humanidad tan hollada y deprimida, es el de la fuerza vencida por la justicia, las preocupaciones por la razón, y el grito de la arbitrariedad ahogado por la voz de la naturaleza, y los sublimes transportes de la libertad al lado de los atentados del despotismo que se destruye por sus propios crímenes.

A vosotros, pues, historiadores futuros de Colombia, os exhortamos fervientemente. Elevad al honor del nombre colombiano monumentos históricos dignos de sus glorias. Consagrad a la inmortalidad los esfuerzos generosos del genio del siglo, Bolívar, que en las circunstancias más angustiosas de la patria mostraba al enemigo una frente serena, y nunca desesperó de su salud. Que los eminentes triunfos de este héroe simpar sean llevados por vuestras páginas de generación en generación.

Tampoco os olvidéis de estos virtuosos y bravos colaboradores suyos que no temieron ni la desnudez, ni el hambre ni la misma muerte. Reservad un lugar muy distinguido a estas inocentes y nunca olvidadas víctimas del furor hispano, y recordad a nuestros hijos sus virtudes, sus útiles ejemplos sobre esta tierra que cubre sus restos inmortales. Inculcad, sobre todo, a los pueblos el horror más intenso por la tiranía y por sus antiguos amos. Pintadles a Morillo, este déspota, avaro y cruel, y a todos sus satélites, como un huracán furioso que todo lo arrasa. Contadles cómo después de haber marchado de victoria en victoria, la República de Colombia ha sido fundada, y como entre los truenos y rayos de la guerra fue anunciada la Constitución del año 11°, a la manera que la ley de los hebreos dictada en el Sinaí. Desarrollad en fin la marcha gradual pero segura y majestuosa con que esta República, obra de tantos y heroicos sacrificios, ha ido y sigue elevándose en poder y grandeza a impulsos de una administración regular. Vuestra carga es grave, pero las bendiciones perdurables de una gran nación os esperan.

La Miscelánea*, núm. 10, 20 de noviembre de 1825*

Libertad

«No hay palabra alguna», ha dicho el presidente Montesquieu, «que haya recibido tan diversas significaciones, ni que haya afectado los espíritus de tan diferentes modos». Se usa de ella con frecuencia en la sociedad, al mismo tiempo que ignoran muchos su verdadera significación. En uno de los periódicos de esta ciudad vimos un parangón de ella respecto del ciudadano, y la licencia, vicio que la sigue muy de cerca; pero nunca se nos dio una verdadera idea de lo que en realidad es. Por tanto, vamos a manifestar las nuestras.

Desde Grocio y Pufendorf hasta nosotros han convenido los publicistas en dividir la libertad en tres especies, a saber, natural, política y civil. Natural llaman la que tiene el hombre en el estado de la naturaleza, es decir, aquella en virtud de la cual puede hacer todo lo que quiere, a no ser que se dañe a sí mismo o a su semejante; política, la que goza un pueblo que se da sus leyes, o tiene parte en la confección de ellas, de donde nace la seguridad individual; y, civil, la facultad que tiene el ciudadano de hacer todo lo que la ley no le prohíba.

Estamos de acuerdo sobre la definición de las dos primeras, mas de ninguna manera sobre la última; porque si tal fuese la libertad del ciudadano, ninguno sobre la tierra podría llamarse esclavo. El asiático, el persa, el turco mismo sería tan libre como un súbdito inglés; pues dado caso que al primero se le prohibiese aún el moverse, podría sin embargo pensar y discurrir en su interior, o por lo menos, como el inglés, estaba siempre en aptitud de hacer todo aquello que no le prohibía la voluntad caprichosa de su amo. Nosotros, en el tiempo aciago de nuestra abyección, habríamos sido tan libres como bajo la constitución del año undécimo: entonces como ahora podíamos percibir y conocer, podíamos existir algunos, y podíamos en fin hacer las muy pocas cosas que no nos prohibía su majestad o sus bárbaros ministros. Y no obstante esto, entonces fuimos subyugados por un déspota y dirigidos con cetro de hierro —hoy somos gobernados por leyes liberales aplicadas por buenos ciudadanos. Basta una simple sindéresis para conocer lo absurdo de estas consecuencias. Para evitarlas pues, no deberemos definir la libertad del ciudadano por las limitadas facultades que

puede dejarle la ley ya establecida; porque esto sería definirla por el hecho; lo cual a la verdad es muy vicioso: buscaremos sí, su definición en las facultades que justamente deben garantizarse al miembro de un Estado libre.

Según creemos, solo es verdaderamente libre el que tiene conservados por la ley su seguridad y propiedad; que puede pensar y manifestar su opinión públicamente; que, siendo presentado ante la ley, se considere como cualquiera otro miembro de la sociedad a que pertenece; y en fin, solo es libre el que pudiendo ejercer todas sus facultades físicas y morales *sin daño*, conserva ilesos los derechos con que la naturaleza le dotó, confirmados ya por las leyes civiles. Luego es claro que al definir la libertad del ciudadano deben señalarse límites a la ley, y no podrán ser otros que los sagrados e inviolables derechos que le son propios. Por esta razón, nos parece muy exacta y conforme a las reglas de la dialéctica, la que sigue:

La libertad civil es la facultad de hacer aquello que la ley no debe prohibir.

Tal es la opinión del célebre Constant. Tal es también la nuestra.

La Miscelánea*, núm. 16, 1 de enero de 1826*

Revista cronológica del año 1825

El año décimo quinto de la independencia de la República ha entrado en el abismo de lo pasado, para no volver a aparecer jamás. Fijemos por algunos momentos la consideración sobre la serie de los principales sucesos que han hecho en este período la historia de Colombia.

2 de enero. Se instaló el tercer congreso constitucional de Colombia. En el mismo día, fue reconocida por la Inglaterra la independencia de Colombia, México y Buenos Aires. En el mismo día dirigió su mensaje al congreso el vicepresidente de la República, encargado del poder ejecutivo.

8. El congreso, reunido en la Cámara del Senado, oyó la tercera renuncia que hizo de la presidencia del estado el Libertador Simón Bolívar.

Ninguno de los setenta y tres diputados presentes abrió la discusión sobre el asunto. La negativa fue unánime, y el pueblo que rodeaba la barra prorrumpió en vivas y mil señales de placer.

31. Se informó al Congreso oficialmente que el Libertador había recibido de Europa un plan para establecer la monarquía en Colombia, coronándose rey.

10 de febrero. Se instaló el Congreso del Perú convocado por el Libertador, y decretó en el mismo día una acción de gracias a Colombia por los auxilios que le había enviado.

11. El Congreso de Colombia decretó recompensas al Ejército colombiano, vencedor en Junín y Ayacucho.

14. Ley imponiendo penas a los traficantes de esclavos en Colombia y su jurisdicción marítima.

26. Fue presentado al gobierno el ministro plenipotenciario de las Provincias Unidas del Centro de América.

2 de marzo. Se admitió al general Briceño Méndez la dimisión del empleo de secretario de guerra y marina.

3. El general Soublette fue nombrado para reemplazarle.

7. El gobierno de los Estados Unidos del norte ratificó el tratado con la República de Colombia.

11. Ley sobre la organización y régimen político de los departamentos.

15. Se firmó en Bogotá el tratado con las Provincias Unidas del Centro de América.

20. Anunció el gobierno haber nombrado ministros plenipotenciarios, cerca de la república Peruana, al general Sucre; cerca de las Provincias Unidas del Centro de América, al general Antonio Morales; y cerca de los gobiernos de Francia y Holanda, al sr. Agustín Gutiérrez y Moreno.

21. El ministro de la Alta Corte de Justicia, Dr. Miguel Peña fue condenado a un año de suspensión de su empleo por el Senado.

24. Se retiró a su país el Sr. Anderson, plenipotenciario de los Estados Unidos del norte, dejando en Bogotá al Sr. Watts como encargado de negocios.

26. El coronel Leonardo Infante, declarado reo de un asesinato, fue fusilado en la plaza principal de Bogotá. En el mismo día, ratificó el

gobierno de Colombia el tratado con los Estados Unidos del norte.

29. Se concedió un privilegio exclusivo para navegar el lago de Maracaibo en buques de vapor.

30. El coronel español don Carlos Medinaceli, de la división de Olañeta, en el alto Perú, se declaró por la Independencia, y este suceso trajo consigo el fin de la guerra en aquella parte.

1 de abril. Llegó a Bogotá el Sr. Campbell, diplomático inglés.

5. Ley estableciendo un banco en Caracas.

11. Ley que arregla las rentas municipales.

12. El gobierno de Colombia ratificó el tratado con las Provincias Unidas del Centro de América.

18. Se firmó en Bogotá el tratado con la Gran Bretaña.

21. Salió de Bogotá el plenipotenciario de las Provincias Unidas del Centro de América,

28. Ley aplicando un millón de pesos al fomento de la agricultura. En el mismo día el Sr. Torrens fue presentado al gobierno como encargado de negocios de México.

3 de mayo. El coronel Campbell fue presentado al gobierno como encargado de negocios de la Gran Bretaña.

11. Ley orgánica de tribunales.

13. Ley sobre procedimiento civil.

31. Los Srs. Ferreiros y Agüero, diputados del Perú, para dar gracias a Colombia por sus auxilios, dirigieron al secretario de relaciones exteriores una nota sobre el objeto de su venida.

13 de junio. Llegó a Cartagena el buque de vapor Santander, de 240 toneladas, que después ha remontado el Magdalena hasta el puerto de Conejo.

25. El Libertador Bolívar entró en el Cuzco, antigua capital del imperio de los incas, en medio de las más patéticas demostraciones de afecto y entusiasmo de aquel pueblo.

31 de julio. Se abrieron en Colombia las Asambleas Primarias conforme a la Constitución.

5 de agosto. Decreto del gobierno terminando la autoridad superior extraordinaria de que estaba investido el general Castillo en los

departamentos del Sur.

11. La asamblea de las provincias del alto Perú dio a su país el nombre de República Bolívar.

14. El gobierno de Colombia anunció haber nombrado plenipotenciarios para la asamblea americana que ha de reunirse en Panamá, al general Briceño, último secretario de marina y guerra, y al Sr. Gual, secretario de relaciones exteriores. En el mismo día, los propietarios de la galeota de vapor Thelica, llegada a Guayaquil, solicitaron desde allí un privilegio exclusivo para navegar en aquel departamento en buques de tal clase.

1 de septiembre. El coronel Elizalde diputado por el ejército de Colombia auxiliar del Perú, presentó al gobierno las banderas españolas, tomadas en Ayacucho, y el estandarte real de Castilla con que Pizarro entró al Perú, ha más de 300 años.

17. El Sr. Revenga fue nombrado interinamente, secretario de relaciones exteriores.

1 de octubre. Se reunieron en Colombia las asambleas electorales conforme a la Constitución.

6 de noviembre. Fondeo en Panamá, procedente de Quilca el convoy que conducía la primera columna de la primera división del ejército colombiano auxiliar del Perú.

** La ojeada que acabamos de dar sobre el año que concluyó ayer presenta indicaciones suficientes para juzgar que durante él se ha afirmado más y más la independencia de Colombia en el exterior y sus instituciones en el interior: que la administración de justicia ha ofrecido ejemplos prácticos de que entre nosotros hay verdadera igualdad legal: que los buenos principios fructifican, produciendo, leyes fundadas en la justicia universal: que las comunicaciones se facilitan y se activa el comercio, y finalmente que los sacrificios de Colombia en el Perú han sido más que recompensados con la satisfacción de haber vuelto una república a la existencia política y haber visto proclamarse otra nueva bajo los auspicios de sus armas. Si a todo esto se añaden los progresos de la educación pública en las escuelas de primeras letras y en los establecimientos de más alta enseñanza, se confesará, según nos parece, que el año de 1825 no ha sido

perdido para nosotros. ¡Haga el cielo que, en el que hoy comenzamos, esta patria querida se acerque con pasos de gigante al templo de la felicidad por el camino de la ilustración!


URDANETA.

El recluta, original de Alberto Urdaneta, grabado de A. Rodríguez, en *Papel Periódico Ilustrado*, año 1, núm. 1, 6 de agosto de 1881.

LIBRO AL VIENTO

15 AÑOS

Colección Universal

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital

Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial

Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral

Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.

15 AÑOS libro al viento

RECIENTES TÍTULOS DEL PROGRAMA

76 l fútbol se lee *Darío Jaramillo Agudelo, Álvaro Perea Chacón, Mario Mendoza, Ricardo Silva Romero, Fernando Araújo Vélez, Guillermo Samperio, Daniel Samper Pizano, Óscar Collazos, Luisa Valenzuela, Laura Restrepo, Pablo R. Arango, Roberto Fontanarrosa*

77 Escribir en bogotá *Juan Gustavo Cobo Borda*

78 El primer amor *Iván Turguéniev*

79 Memorias palenqueras y raizales (2 ediciones) Fragmentos traducidos de la lengua palenquera y el creole

80 Rufino José Cuervo Una biografía léxica

81 Algunos espectros orientales *Lafcadio Hearn*

82 Los oficios del parque Crónicas *Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga*

83 Calidez aislada *Camilo Aguirre* Premio Beca Creación Novela Gráfica 2011 (2 ediciones)

84 Ficções. Ficciones desde Brasil *Joaquim Maria Machado de Assis, Afonso Henriques de Lima Barreto, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Dalton Trevisan, Nélida Piñón, Marina Colasanti, Tabajara Ruas, Adriana Lunardi*

85 Lazarillo de Tormes *Anónimo*

86 ¿Sueñan los androides con alpacas eléctricas? Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana *Jorge Aristizábal Gáfaro, Jorge Enrique Lage, Bernardo Fernández bef, José Urriola, Pedro Mairal, Carlos Yushimito*

87 Las aventuras de Pinocho Historia de una marioneta *Carlo Collodi* Traducción de Fredy Ordóñez

88 Recetario santafereño Selección y prólogo de Antonio García Ángel

89 CARTAS DE TRES OCÉANOS 1499-1575 Edición y traducción de Isabel Soler e Ignacio Vásquez

90 QUILLAS, MÁSTILES Y VELAS Textos portugueses sobre el mar

91 ONCE POETAS BRASILEROS Selección y prólogo de Sergio Cohn Traducción de John Galán Casanova

92 RECUERDOS DE SANTAFÉ *Soledad Acosta de Samper*

93 SEMBLANZAS POCO EJEMPLARES *José María Cordovez Moure*

94 FÁBULAS DE SAMANIEGO *Félix María Samaniego*

95 COCOROBÉ: CANTOS Y ARRULLOS DEL PACÍFICO COLOMBIANO Selección y prólogo: Ana María Arango

96 CRONISTAS DE INDIAS EN LA NUEVA GRANADA (1536-1731) *Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, Fray Pedro Simón, Alexandre Olivier Exquemelin, Fray Alonso de Zamora, Joseph Gumilla*

97 BOGOTÁ CONTADA *Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández bef, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero*

98 POESÍA SATÉRICA Y BURLESCA *Francisco de Quevedo*

99 DIEZ CUENTOS PERUANOS *Enrique Prochazka, Fernando Ampuero, Óscar Colchado, Santiago Roncagliolo, Giovanna Pollarolo, Iván Thays, Karina Pacheco, Diego Trelles Paz, Gustavo Rodríguez, Raúl Tola*

100 TRES CUENTOS Y UNA PROCLAMA *Gabriel García Márquez*

101 CRÓNICAS DE BOGOTÁ *Pedro María Ibáñez*

102 DE MIS LIBROS *Álvaro Mutis*

103 CARMILLA *Sheridan Le Fanu* Traducción de Joe Broderick

104 CALIGRAMAS *Guillaume Apollinaire* Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

105 Fábulas de La Fontaine *Jean de La Fontaine*

106 Breviario de la paz

107 Tres cuentos de Macondo y un discurso *Gabriel García Márquez*

108 Carta sobre los ciegos para uso de los que ven *Denis Diderot* Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

109 Bogotá contada 2.0 *Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra*

110 50 Poemas de amor colombianos

111 El matadero *Esteban Echeverría*

112 Bicicletario

113 El castillo de Otranto *Horacio Walpole*

114 La gruta simbólica

115 Fábulas de iriarte *Tomás de Iriarte*

116 Once poetas holandeses Selección y prólogo de Thomas Möhlmann. Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda y Taller Brockway

117 Siete retratos *Ximénez*

118 Bogotá contada 3 *Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres*

119 Guadalupe años sin cuenta *Creación Colectiva Teatro La Candelaria*

120 «Preludio» seguido de «La casa de muñecas» *Katherine Mansfield* Traducción de Erna von der Walde

121 Sylvie, recuerdos del Valois *Gérard de Nerval* Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 Once poetas franceses Selección y prólogo de Anne Louyot Traducción de Andrés Holguín

123 «Piel de asno» y otros cuentos *Charles Perrault* Traducción de Mateo Cardona Ilustrados por Eva Giraldo

124 Bodas de sangre *Federico García Lorca*

125 Maravillas y horrores de la Conquista Comentarios y notas de Jorge O. Melo

126 Bogotá contada 4 *Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria*

127 La historia del buen viejo y la bella señorita *Italo Svevo* Traducción de Lizeth Burbano

128 La marquesa de O. *Heinrich von Kleist* Traducción de Maritza García Arias

129 Juan sábalo *Leopoldo Berdella de la Espriella* Ilustrado por Eva Giraldo

130 Arte de distinguir a los cursis *Santiago de Liniers* & Francisco Silvela

131 Versiones del bogotazo *Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero –Klim–, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia*

132 Once poetas argentinos Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 Bogotá contada 5 *Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo*

134 La dicha de la palabra dicha *Nicolás Buenaventura* Ilustrado por Geison Castañeda

135 El horla *Guy de Maupassant* Traducción de Luisa Fernanda Espina

136 Hip, hipopótamo vagabundo *Rubén Vélez* Ilustrado por Santiago Guevara

137 Shakespeare: una indagación sobre el poder *Estanislao Zuleta*

VERSIONES DE LA INDEPENDENCIA
FUE EDITADO POR EL INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES
PARA SU BIBLIOTECA LIBRO AL VIENTO,
BAJO EL NÚMERO CIENTO TREINTA Y
OCHO, Y SE IMPRIMIÓ EN EL MES DE
ABRIL DEL AÑO 2019 EN BOGOTÁ.

«¡7 de agosto! ¡Día glorioso! ¡Día de Boyacá! [...] celebremos todos con danzas, con festines y con cantares el día de Boyacá. ¡Día grande y claro! Los nietos de nuestros nietos te celebren allá en los últimos siglos, y que cada aniversario añada nuevo esplendor a tu belleza».

La Indicación, núm. 3, agosto 10/
núm. 4, agosto 17, 1822

Propuestas no convencionales

LIBRO AL VIENTO LATERAL



«¡Pueblo indolente! ¡Cuán diversa sería hoy vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad! / Pero no es tarde. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más, y no olvidéis este ejemplo...».

Policarpa Salavarrieta,
1817

15 años libro al viento · Leer es volar · Cámara Colombiana del Libro · filbo 32 Feria Internacional del Libro de Bogotá · Alcaldía de Bogotá · Alcaldía Mayor de Bogotá D.C. · Bogotá Mejor para Todos